

La Ilustración

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Artística

Año XIV

BARCELONA 10 DE JUNIO DE 1895

Núm. 702



Busto en mármol de la Excm. Sra. Marquesa de Alonso de León, viuda de Martos, obra de Agustín Querol

(Exposición general de Bellas Artes. Madrid. 1895)

SUMARIO

Texto. — *Exposición nacional de Bellas Artes*, por R. Balsa de la Vega. — *Semblanza. Excmo. Sr. D. Manuel Cañete*, por V. Barrantes. — *La mejor presa*, por José de Madrazo. — *El burro del tío Lucas. Boceto*, por F. Oltra. — *Nuestros grabados. — Un buen tío y un buen cura* (continuación), novela original de Juan de la Brete, con ilustraciones de Cabrinety. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *El buque rotatorio de M. Bazin. — La navegación aérea en París en 1900. — El micro-fotoscopio. — Fabricación de cielos rasos de metal.*

Grabados. — *Busto en mármol de la Excmo. Sra. marquesa de Alonso de León, viuda de Martos*, obra de Agustín Querol. — *Excmo. Sr. D. Manuel Cañete. — Las virtudes cardinales*, pinturas decorativas de Fernando Xumetra y Ragull. — *Excelentísimo Sr. D. Fernando Primo de Rivera*, capitán general de Madrid. — *D. Miguel Angel Trilles y D. Ricardo Navarrete*, individuos del Jurado de la actual Exposición general de Bellas Artes. — *Teatro Politeama Adriano, de Roma*, recientemente destruido por un incendio. — *Sansonetto*, caballo vencedor en las carreras de San Siro (Milán). — *Los primeros pasos*, dibujo de F. Millet. — *La visita de la madre*, cuadro de Enrique Paternina. — *El jardín de las Hespérides*, cuadro de A. F. Gorguet. — *Pilluelo. El primer triunfo*, esculturas de Joaquín Anglés. — *D. José Parada y Santín y D. Fernando Arbós*, jurado y secretario general respectivamente de la actual Exposición general de Bellas Artes. — Figs. 1 y 2. El buque rotatorio de M. Bazin. — Figs. 1 y 2. El micro-fotoscopio. — *Fabricación de cielos rasos metálicos estampados.*

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES

II

Representantes de la escultura florentina del Renacimiento son los escultores catalanes Alcoverro y Carbonell. Exhiben ambos la estatua sedente de *San Isidoro* y la de *Luis Vives* respectivamente, cuyas reproducciones en mármol decoran el exterior del nuevo edificio de la Biblioteca nacional.

Más de una vez emití juicio crítico sobre aquellas estatuas en estas mismas columnas; hoy solamente añadiré a lo ya dicho que son las obras más importantes, después de la de Benlliure, que figuran en el actual certamen, así por el carácter eminentemente escultórico con que han sido trazadas, como por el estudio que sus autores han tenido que hacer de los personajes que pretendieron representar, como también por la nobleza y grandiosidad con que han realizado género tan olvidado hoy cual es el de la escultura decorativa, que debe sujetarse a las líneas y carácter general de un edificio. La obra de Alcoverro, *San Isidoro*, estimada como la primera de las estatuas que son ornamento del citado palacio de la Biblioteca, recompénsela ó no el Jurado de esta Exposición con el premio a que es acreedora, será siempre una estatua que la historia del arte español contará entre las mejores de estos últimos años del siglo.

Y a pesar de que la crítica y la opinión pública confirman de nuevo en estos días su juicio favorable a las efigies de *Luis Vives* y de *San Isidoro*, allá están arrinconadas en un ángulo del salón segundo de la escultura. El jurado cree que no merecen lugar más visible.

Declaro sinceramente que no achaco a pasión mala ese desdén con que el Jurado mira las dichas estatuas; para mí la causa es puramente de disconformidad en el concepto que de la escultura existe entre unos y otros. Pero no debo ocultar tampoco que no es del Jurado la razón. Ofuscados algunos de los individuos que lo componen, artistas de mérito, por la tendencia *modernista* de la estatuaria, creen a pies juntillas que en la exactitud escrupulosa de la copia, en la *manera* naturalista del modelado está el *quid* de la escultura moderna. Hacerles comprender que la verdad no es eso, que la copia de un modelo cualquiera no lleva a la realización de la obra de arte, es punto menos que imposible; escultores y pintores, entre Miguel Angel y Rafael Velázquez decláranse velazquistas. Los problemas del claroscuro, de las medias tintas, de la fiel reproducción del contorno, sea éste feo ó hermoso, he aquí a lo que reduce el artista del día, especialmente la mayoría de los jóvenes, la misión del arte.

Mas no valen modas, ni interpretaciones con apariencias más ó menos ajustadas a lo que debe ser. La obra de arte es tal, por cuanto sintetiza en términos de verdad desde la idea más abstracta hasta el objeto más determinado, y para alcanzar a esa fuerza de expresión es necesario levantar la mirada del detalle al conjunto, del átomo al cuerpo, del individuo a la especie. El hombre de un siglo puede sintetizar la sabiduría, las costumbres, las leyes, los vicios, la raza, etc., en aquel siglo; mas para trazar plásticamente la imagen de ese hombre, es preciso forjarse el tipo, y ese tipo no es el primer aguador ó el primer enclenque que se encuentre a mano. He aquí la razón por la cual son y serán las estatuas de *San Isidoro* y *Luis Vives* obras de arte, no copias de un hombre.

Que no tan sólo se produce la emoción estética plásticamente esculpiendo Venus ó Apolos, sino esculpiendo noblemente la verdad; entiéndase bien, *noblemente*, echando a un lado los afeminamientos con sus redondeces é indecisiones de línea y las desproporciones y groserías de contornos del gañán.

De las dos obras que Atché ha enviado, la más genial, la que hace patentes las cualidades de artista notable que todos cuantos de cosas de arte se ocupan reconocen en el escultor barcelonés, es el grupo en yeso que titula *Entierro de Judas*. La figura del diablo está vigorosamente modelada y su actitud es eminentemente trágica; la de Judas pesa, es un cuerpo muerto, algo desconyuntado sin embargo; y tengo para mí que Atché, si pretende hacer mayor este grupo ha de procurar que ambas figuras se ajusten más al natural, así en las proporciones como en la composición, pues ofrece puntos de vista en los cuales las masas apenas presentan líneas que acusen el dibujo de las figuras. La otra obra de Atché (que ya conocía yo hace tiempo) adolece del defecto de no ser escultórica. Aquella *demi-mondaine*, pensativa, recostada en un banco rústico, viendo cómo caen a sus pies y sobre su vestido las hojas secas que el viento otoñal arranca de los árboles, es asunto puramente pictórico. No es ese asunto de líneas de forma únicamente, es de sentimiento, y para expresar el cual, el color, la paleta solamente pueden determinar la vaguedad de las tonalidades melancólicas del otoño, contribuyendo así a la emoción estética, precisa para que el espectador comprenda y sienta en todo su valor el psicológico de la figura.

El mismo detalle de la hoja caída en la falda de la *demi-mondaine* — detalle importantísimo — pasa inadvertido ó poco menos; pero aun en el caso de que se advierta, falta saber si la hoja ó las hojas dichas son verdes ó secas; si se han desprendido del árbol, faltas ya de jugo, ó si fueron arrancadas violentamente; y en esta duda, la *filosofía* de la obra desaparece.

Campeny es un escultor que no ha determinado todavía su personalidad artística, en lo que corresponde a un ideal subjetivo. Va del campo de la escultura de género al de la simbólica, de éste al de la histórica. Las cualidades de escultor de Campeny son grandes; modela con verdadera gracia, principalmente esos grupitos de barro cocido, en los cuales el motivo suele ser un tipo callejero, unas máscaras, etc. En la misma escultura grande, este distinguido artista catalán ha producido obras encomiadas por todo el mundo; mas obsérvese que dichas obras tienen (puesto que existen) el carácter de esculturas de género, y más aún que éste el de *costumbres*; por ejemplo, *La espigadora*. Así que reconociendo, como reconozco en la estatua que en esta Exposición exhibe y que lleva por título *Cuerpo á cuerpo*, estudio del arte antiguo (del clásico) en el modelado y dibujo del luchador, proporción, verdad en ciertos movimientos, por ejemplo en el del torso, sin embargo, no puedo menos de deplorar la equivocación sufrida por Campeny al escoger asunto de la índole del de *Cuerpo á cuerpo*. Para sentir y expresar asuntos de esa naturaleza son menester dos cosas: primera, conocimiento grande de la antigüedad clásica, así histórica como artísticamente; segundo, amor muy hondo al arte pagano. De no poseer más que a medias dichas condiciones, resultará lo que le ha resultado a Campeny en esta obra de que me ocupo: que a pesar de su dominio de la técnica, no logra expresar su pensamiento de un modo que determine la emoción estética que se ha propuesto.

Dejemos a un lado el motivo: un cazador de los tiempos homéricos, luchando con un águila, a la que tiene sujeta por el cuello. La cabeza del hombre recuerda fuertemente la tan conocida del Júpiter de la Gigantomaquia; el cuerpo está inspirado también en estatuas clásicas; sobre todo los brazos creo haberlos visto en un Hércules ó en un gladiador, no recuerdo ahora si de la decadencia griega ó de la escuela greco-romana de los Apolodoros. No es esto decir que Campeny, a quien sobran condiciones de escultor, y de escultor bueno, haya copiado servilmente: lo que digo es que se inspiró bastante en obras clásicas y que quizá las haya tenido a la vista. Apunto esto porque prefiero al artista personal, no influido; pues ni nos transmite en su obra su modo de sentir la verdad, ni tampoco nos hace sentir lo que los artistas de Grecia y Roma. Por lo que respecta al movimiento de la figura es frío. En conjunto *Cuerpo á cuerpo* es una obra escultórica que poco ó nada nos dice del artista, mucho del que la modeló, pues tiene trozos muy bellos. Del grupo *Lobo atacado por perros* diré que es un estudio de esos animales, acertado en algunos trozos, pero que no me satisface por completo la composición del grupo; es simétrica en demasía.

Campeny no debe esculpir más que asuntos y tipos de costumbres; ese es el campo que domina.

Otro escultor catalán notable asiste a esta Exposición. Fuxá ha enviado una figura digna de encomio por la vida que en ella se advierte, por la naturalidad de su disposición, por la verdad del tipo. *Después de la misa* no tiene para mí más defecto, mejor dicho, no tiene otro inconveniente para que se la considere una de las estatuas mejores del actual certamen que el de representar un asunto viejo. El monaguillo cargado con el misal y las velas apagadas lo hemos visto pintado y esculpido cientos de veces. También creo que el tamaño (un metro veinte centímetros) es un poco grande para asunto tan pequeño; mas descartados estos dos reparos, debo felicitar al Sr. Fuxá por el acierto con que ha tratado las carnes, las telas y los demás accesorios, así como por la corrección del dibujo y lo franco del modelado, cosa a la cual no nos tiene muy acostumbrados.

Y ya que me ocupo de los escultores catalanes, seguiré anotando, siquiera sea a vuelo de pluma, las obras que éstos exhiben en el Palacio del Hipódromo.

Parera ha traído dos bustos-retratos en bronce, uno de señora y otro de hombre, admirables ambos como parecidos, especialmente el segundo. Para mí, después del busto de niña, obra de Benlliure, el citado segundo de Parera puede considerarse como el mejor de los muchos bustos-retratos que hay en la Exposición. Casualmente he podido apreciar la exactitud del parecido en ese busto, pues casi inmediato a él estaba el retratado. En cuanto al dominio de la técnica ambos bustos son verdaderas obras de arte.

Reynés, cuyas obras fueron tan discutidas en la Exposición de 1890, sigue probando a adversarios y amigos que sabe ajustarse al natural y modelar muy bien. No siendo su estatua *Juvenilla* una obra acertada por completo, es sin embargo una de las más dignas de encomio de la sección. Reynés afronta en su última estatua las dificultades que ofrece el desnudo de mujer, y las afronta con muy buen éxito, aun cuando en *Juvenilla* no estén vencidas todas, como puede observarse en la pierna izquierda, sobre la cual planta la figura. Dicha pierna forma un ligero arco desde el tercio inferior del muslo hasta el tobillo, arco que concluye de hacerse perceptible por efecto del movimiento que hacia adentro tiene el pie. Mas a pesar de esto y de la dislocación de la rodilla de la citada pierna, dislocación que obedece al desdibujo mencionado, y de alguna otra incorrección, como la de la mezquindad de línea que ofrecen los brazos, es *Juvenilla* merecedora de atención por parte de cuantos siguen atentamente los distintos rumbos del arte de hoy.

De los escultores todos que han concurrido a esta Exposición, es Reynés el menos español. Su factura tiene la afeminada blandura que está en auge entre buen número de estatuarios parisienses. La línea del desnudo de que hablo ofrece curvas exageradas, que indudablemente da el natural y que tanto se diferencian de las suavísimas é inapreciables por su armónico desarrollo de las de las estatuas de mujer de los clásicos y de los grandes escultores del Renacimiento. *Juvenilla* es una mujer de vida alegre, cuyo torso redondo y muy bien modelado acusa la deformación que ejerce el uso del corsé; la cabeza echada hacia atrás está bien colocada, y el cuello modelado con escrupulosidad grande revela claramente que no pertenecía el modelo a la raza vigorosa y hermosa de las Carias, como tampoco la faz que anima risa picaresca recuerda las líneas correctas y firmes de las de Juno ó de Diana. Estudiar esa obra de Reynés es estudiar una obra ejecutada con arreglo a los cánones de la escuela decadentista, la cual se diferencia de la naturalista en que los asuntos que escoge para producir obras de arte son todos ó casi todos elegantes, aunque poco varoniles, y en la plástica rehuye la copia de modelos de líneas rudas. No de otro modo producían los émulos de Canova y de David d'Angers.

Lástima grande que el Sr. Font no haya acertado a desarrollar como se merece su hermosa composición alegórica *La Eternidad anunciando al siglo XIX que se acerca su fin*. El Sr. Font debe ser muy joven todavía, pues más que nada se advierte en su obra inexperiencia y falta de dominio del dibujo; pero con todo esto, puede creer mi desconocido artista que no le olvidaré ya y que espero a ver algo más completo en otras exposiciones.

Y aquí hago hoy punto final. En la crónica próxima terminaré estas ligeras noticias acerca de la escultura, que como podrán ir juzgando los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dejan mucho que desear. Sin embargo, aún me quedan en el tintero algunas obras y algunos escultores que ya figuran en la propuesta del Jurado para ser premiados con medallas de oro.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

I

Decir que Madrid se hallaba en estado de sitio, cuando se remontan los sucesos que van á referirse á 1848, es una verdadera redundancia. Soliviantada media Europa por el advenimiento de la república francesa, no había partido liberal que no diese que hacer al gobierno de su país, y tal era el caso de España, donde se ponía á prueba diariamente la energía del general Narváez, quien creciéndose al hierro lució dotes de verdadero hombre de Estado y consolidó una posición política, que sólo podía minar, como al fin la minaron, intrigas palaciegas.

De la tienda de Andaluces ó colmado de Nicolás, en la calle de Atocha, que recordarán muchos todavía, pues sobrevivió á estos sucesos no pocos años, entre las calles de Cañizares y las Urosas, salía una noche del mes de abril un joven, casi un niño, acompañando, ó mejor dicho empujando á un hombre de más edad y de aspecto distinguido; pero que por las señas había vuelto á la infancia, merced á libaciones excesivas. Así era en realidad y centro de reunión aquella tienda de varios actores del próximo teatro del Instituto, á la sazón muy en boga, por un cuadrillo recién llegado de Andalucía bajo la dirección del célebre Dardalla, que como fines de fiesta solía representar piezas del género que hoy llamamos flamenco, próximo á subirse á mayores con la pretensión de formar una escuela andaluza, cuando era simplemente una rama de nuestra antiquísima y hermosa literatura picaresca, que ya en libros, ya en romances y relaciones ha entusiasmado en todo tiempo á la gente del bronce con guapezas y valentías de los héroes de encrucijada y trabuco. Entre aquellos actores acababa de contratarse y se iba á estrenar de un momento á otro un aficionado célebre en los Liceos andaluces y extremeños, donde no sin razón le comparábamos sus amigos con Latorre y Valero en *Sancho García*, *Carcajada* y otras obras de fuerza.

Buscando amparo contra los peligros de la calle en la tienda de Nicolás, llevaban sus treinta horas largas varios de estos comediantes del *ceceo*, alrededor de una cuba de manzanilla, que servía de mesa y sustentáculo á sendos platos de sardinas y calamares, de anchoas y aceitunas, en aquel patinillo cubierto de cristales y festoneado de pipería, cuyas candilejas de aceite habían apagado más de una vez los estallidos de la metralla, obligando á los más guapos á pegarse unos con otros como obleas. Más flojo de estómago ó menos curtido en tales lides, nuestro aficionado perdió muy pronto la chabeta, subiéndosele el espíritu á la lengua, que de sacristanesca y reaccionaria como se había criado, hízose de pronto liberal y gritadora con tal empuje y tales vivas y mueras que sus mismos comilitones se vieron comprometidos, pues rondaban patrullas por la calle y en el próximo convento de la Trinidad había un fuerte retén con piezas de campaña y todo. Ello es que el buen Nicolás acabó por abrirle la puerta con muchísimo recaudo, tan pronto como llegó á buscarle por encargo de su familia cierto joven imberbe amigo suyo, que era como quien dice el prospecto del viejo autor de esta verídica leyenda.

El cual recuerda todavía, con los pelos de punta, el peligro que corrió aquella noche y el arrepentimiento que muchas veces le afligía por haber tomado sobre sí la temeraria empresa de buscar por calles ensangrentadas á un cómico primerizo y corretón, no ya como obra de caridad meramente, sino para complacer á una patrona viudita y agraciada, que por dos pesetas hacía á sus huéspedes servicios dignos de los cien ducados del sainete. Porque á cada paso que dábamos por la calle de Atocha, mi buen amigo

se empeñaba en apellidar guerra y venganza contra Narváez, insultos contra los soldados del retén, vivas á Espartero y otras lindezas; y allí era entonces el meterle yo las manos en la boca hasta los codos, y el caérseme el sombrero y encima el amigo y yo sobre el montón, y ponernos todos hechos una lástima, sin que por fortuna soldados ni polizontes nos hicieran caso, creyéndonos sin duda viciosos pisaverdes inofensivos, máxime por no llevar capa, ni aun bastón, ni chirimbolo alguno sospechoso. Cuando me dí por muerto fué en la Lonja del Almidón, que estaba, por supuesto, herméticamente cerrada, pero á cuyo umbral trepó el desdichado con marcable gallardía para decirme resueltamente:

— De aquí no paso, si no me dejas gritar ¡viva la República!

Repito que me dí por muerto. ¡Nos hallábamos enfrente de un pelotón de soldados que vivaqueaban en el atrio de la Trinidad! ¡Ibamos á bajar por la calle de Carretas, cuajada de policía, y á atravesar la Puerta del Sol, cuartel general de las autoridades militares! La calle de Hortaleza, donde mi amigo vivía, se presentó á mis ojos como un calvario imposible de alcanzar, y ya bullía en mi mente la idea de abandonarle á su triste destino de mártir de la libertad sin derecho á pensión de gracia ni de justicia, cuando un joven que pasaba pegado á la pared con más miedo que otra cosa, fijando su atención en aquella fantasma encaramada en el umbral de la Lonja, exclamó parándose de repente: «¡Manoliyo!» mientras el borracho repetía «¡Manoliyo!» echándole al cuello los brazos, con esa ternura infantil y hasta llorona que se apodera á veces de los que no están en sus cabales.

Pero á mí me salvó la peripecia, porque ya no hubo modo de separar á los dos tocayos, por más que repetidamente lo intentara el desconocido, en quien creí notar visible repugnancia y un concepto claro de la situación que se le había venido encima. Cuando el beodo, con voz temblona, confundidos ambos resuellos y con las manos clavadas en los hombros de su amigo, le decía: «¡Cañete! ¡Cañete!... ¡Hombre... cuánto me alegro!...» el pobre Cañete miraba como azorado á una y otra parte, pugnando por recobrar su libertad, quizás para usar de ella á manera de galgo.

Pero no hubo remedio, y yo con mil amores contribuí á que no lo hubiera, suplicando á mi ángel salvador, casi con lágrimas en los ojos, que no dejara incompleta su obra, y en efecto, á regañadientes, con tanto ó más miedo él que yo, echamos por la calle de Carretas abajo, respondimos temblando á cien *¿quién vives?*, cuando escasamente nos darían ocho ó diez en la Puerta del Sol, y al llegar á la Red de San Luis, los maldecidos restos de una barricada renovaron en nuestro cómico la fiebre política, pues desprendiéndose de los brazos del tocayo, pretendía encaramarse en un montón de piedras para gritar allí sabe Dios qué, cuando aquél le dijo:

— Hombre, Manoliyo, no nos detengamos, que ya está cerca tu casa, y estoy deseando oírte aquella escena de la lámpara en el *Zapatero y el Rey*, que tú haces tan primorosamente.

— Sí, sí, dijo el beodo irguiéndose y echando á andar. Te lo he ofrecido y te lo cumpliré en cuanto lleguemos á casa...

— Ya hierve este licor emponzoñado...
Ya de la mecha en derredor se apila,
balbuceó Cañete, apretando el paso delante de él.

— Ya trepa por sus hilos inflamado,
añadí yo imitando á Cañete.

— ¡Ay!..., medroso..., mi espíritu... vacila...

Y vacilaba tanto, en efecto, el primer Manolo, que no conoció que estaba cerrada la puerta de su casa y se dió con ella de bruces, y tuvimos que subirle en brazos, y desnudarle delante de la patrona, menos ruborizada en verdad de lo que era de temer, y dejarle allí entregado á sus visiones del *Zapatero y el Rey*, hasta que á la madrugada, un acceso feroz de fiebre le hizo caer del desvencijado catre con tal desdicha, que sin poder siquiera estrenarse en el teatro del Instituto, aquella misma primavera le enterráramos. No ya galopante, desbocada fué la tisis del pobre Manoliyo.

II

Del otro había podido yo pescar al vuelo algunos datos en la confusa y abigarrada conversación que durante el camino sostuvieron. El nombre de Manuel Cañete excitó desde luego mi curiosidad y no perdí sílaba, porque estaban siendo la comidilla del café del Príncipe los artículos que *El Herald* publicaba de un crítico teatral así llamado. Eran en efecto amigos y paisanos los dos *Manolos*, conocían á medio mundo de actores y de gente de rompe y rasga de Sevilla y Córdoba, porque habían frecuentado ambos las bambalinas, el uno por afición, el otro por oficio, conque entendí que Cañete había sido apuntador ó por lo menos traspunte, no sé si de aficionados ó de cómicos. Mi amigo el enfermo, en el escaso período que sobrevivió á aquella noche triste, quizás no quiso ó quizás no supo llenar las lagunas de aquel embrión biográfico, limitándose á declararme en puridad que había misterio en el origen del crítico, origen aristocrático indudablemente y de las casas más linajadas de Andalucía, pues conservaba y siempre conservó relaciones, costumbres y tendencias de esas que da la sangre, no el estado. Puntilloso hasta la exageración, firme en el carácter, consecuente en la amistad, trabajador como un jornalero y más ambicioso de gloria que de fortuna, se había propuesto abrirse camino y ya iba consiguiéndolo. Algunas obras suyas, con regular éxito representadas, habían arrancado la declaración á la crítica de que era un joven de esperanzas, á pesar de tener Cañete en este ramo del periodismo no pocos envidiosos y rivales, por ser justamente el que él más cultivaba y con singular dureza en *El Herald*, periódico que con su carácter batallador y ministerial acérrimo, si daba importancia á sus redactores los hacía al mismo tiempo impopulares.

De su persona, estaba tan lejos de Adonis, que si no con Moyano y Gabino Tejado podía con Noce-dal y Villoslada formar trinca, y más con éste que con el primero, airoso, vivaracho, decidor, mientras Cañete, como Villoslada, era enteco y corpulento, cargado de espaldas, anguloso, nada comunicativo, de boca desproporcionada y saliente dentadura, esquinas por decirlo así que los años y la natural morbidez fueron convirtiendo en chaflanes, hasta parecernos en su ancianidad, como nos parecía en estos últimos tiempos, un hombre, si no hermoso, pasadero. En la época de que vamos hablando, antes que su apostura y sus personales condiciones, el principal atractivo de Cañete consistía en su mirada profunda, pero benévola; en su conversación amena sin ser chispeante ni pretenciosa, en cierta simpática amargura de su poco frecuente sonrisa, rasgo típico de aquellos jóvenes envejecidos prematuramente á puro mirar de espaldas á la fortuna, y en ese no sé qué indefinible que el talento presta á los bustos peor moldeados, como luz que se transparenta por un mármol exquisito. Arranques bruscos ó de mal genio, que hoy se llaman desplantes con vocablo nada impropio, quizás contribuirían á hacerle poco grato á sus superiores y á mantenerle en segunda fila entre los jóvenes moderados de aquell

época, aunque pocos le aventaban en mérito, en servicios y sobre todo en lealtad. Sus amigos, no sólo se los perdonábamos de buen grado, sino que alguno se los provocaba por el gusto de ver transfigurada aquella fisonomía, sin que pasase los límites casi nunca de un ligero destempe, y eso más en palabras que en conceptos ni ademanes. También solía demostrar con ellas su buen humor, aplicando al caso versos obscenos ó demasiado enérgicos, principalmente de un famoso poeta y grande de España, su protector y amigo, que tenía por lo visto la mismísima costumbre. Hallábase, por ejemplo, cuando carecía de dinero,

cual si hubiera nacido
del santo Job y de la reina Dido.

Y no debo recordar otros versos ni otras prosas.

III

Vivía en la calle de Atocha, cuando yo más frecuenté su casa, y aunque altísima y modesta, reinaba en ella el orden, la pulcritud y cierto ambiente de elegancia. Pocos cuadros, pero ninguno sin marco; pocas sillas, pero ninguna coja, y un despacho humilde, pero alegre y hasta coquetón, cooperaban á la difícil armonía entre la escasez de medios y las aspiraciones elevadas. Nunca disimuló Cañete su pobreza, y hasta ponía cierta amarga satisfacción en exagerarla. Así le costó tanto trabajo sostenerse á la altura de los sanos principios literarios, sin descender á las impurezas prácticas que producen dinero y bienestar, como la traducción, el surtido de los teatros y la política militante. Aunque frecuentaba los escenarios y el trato de los actores, debía de inspirarle secreta repulsión aquella sociedad en que se había criado, y que por lo mismo le era perfectamente conocida, cuando no insistió en abrirse por allí su camino, prefiriendo ser el Lista de la generación moderna, menos querido porque no se sentaba en una cátedra independiente abierta á toda luz y á toda mirada, sino en una redacción periodística, que siempre tiene algo de apasionado y tenebroso para el espíritu; pero su influencia ha sido quizás más honda y trascendental que la de su antecesor, porque sus enseñanzas ni eran tan autoritarias ni tan pedagógicas, tenían más realidad y encajaban mejor en la vida moderna. D. Alberto engendró hombres de lucha por el ideal, en días que presagiaban una batalla tremenda entre lo nuevo y lo viejo, mientras Cañete, colocado ya en las últimas líneas de la batalla, recogía del campo los dispersos, amonestaba á los vencedores, consolaba á los vencidos, alentaba á los vacilantes, y del conjunto de este espectáculo siempre rico en enseñanzas, deducía, si no cánones y principios nuevos para el arte, que ya quizás no los admite ni tampoco los ha menester, el armonismo entre las doctrinas eternas y por decirlo así preexistentes, y las que las evoluciones sociales traen á la literatura como á todas las cosas de este mundo, sujetas á mudanza y renovación, ni más ni menos que el hombre que las crea, las representa y las dirige. Este sentido filosófico de su labor crítica fué menos firme y estuvo menos claro en *El Herald* que en la *Ilustración Española y Americana*, su última tribuna periodística, ya por la diferencia de las costumbres literarias, más fraternales y armónicas ahora que hace cuarenta años, ya porque consolidada su reputación y reconocido su magisterio, sentábanle mal al pedagogo reprimendas y palmetazos, ya en fin porque el gusto público hiciera, como visiblemente está haciendo, una reacción en muchos casos violenta y tal vez desatinada, pero que lleva en sus entrañas los gérmenes de lo bueno y de lo bello, eterna fuente de lo verdadero y aspiración también eterna del arte.

Allí, en *El Herald*; en sus primeros tiempos, por afán de notoriedad que á todos los jóvenes aqueja, por apresuramiento en consignar principios y porque el eco de la batalla retumbaba todavía más acaso que en la atmósfera literaria en la política y social, y á tales ecos es muy difícil cerrar los oídos, pecó nuestro crítico de intransigente y hasta de cruel con algunos escritores que miraban el arte como un *modus vivendi* y no como un sacerdocio. Antes que distraerse, el pueblo necesita meditar y educarse, máxime en épocas de renovación histórica que tantos problemas traen aparejados. Tal fué la doctrina de Cañete enfrente, por ejemplo, de las comedias de Rubí, que á la sazón se hallaba en su período de mayor fecundidad, y producía con cada una de ellas una verdadera pelamesa entre la gente de pluma. Un desafío en que la bala de su adversario le quitó el sombrero de la cabeza, tuvo para la política más resultado aún que para el crítico, pues gentes que andaban alistando jóvenes de mérito debajo de la bandera del director de *El Herald*, D. Luis José Sartorius, primer conde de San Luis, hallaron modo de separar al autor de

Isabel la Católica de las corrientes progresistas que seguía, llevándole á leer este drama en presencia de la joven reina Isabel, que lo hizo representar en su propio palacio, donde tenía un teatro para su uso particular. Esta página de historia político-literaria ofrecerá algún día curiosísimas peripecias y lazos con el desafío del crítico y el poeta, si llegase á ver la luz un libro de cosas de aquel tiempo, que estaba preparando al ser por la muerte sorprendido un ex gobernador de Madrid y ministro de la Gobernación, que fué en ellas parte principal.

Y no menor en verdad la que tomó Cañete en la rápida elevación y fama de Sartorius, su paisano, su amigo y su protector, aunque menos decidido que la opinión pública pudo esperar alguna vez, acaso porque el carácter de nuestro crítico se prestaba poco á las flexibilidades cortesanas, cosa contraria también á las creencias de la opinión pública. Ello es que en tiempos en que se acostaban los hombres periodistas adocenados para levantarse ministros, Cañete, que entre ellos sobresalía no poco, únicamente pudo alcanzar una modesta plaza en la secretaría del conde, ya durante su ministerio de la Gobernación, ya en la presidencia del Consejo. Y sin embargo, Sartorius le debía los fundamentos más sólidos de su pasajera popularidad: la publicación de las poesías de Selgas, que por indicaciones de Arnao, hechas al director de Correos, Manresa, trajo Cañete de Murcia á regocijar y refrescar aquellos círculos políticos abrasados por una repentina fiebre de intereses materiales, que había puesto de moda en Francia un presidente de la República incapaz de llegar al Imperio por el camino de la gloria militar de que era símbolo su nombre, y que el de la corrupción y los apetitos insanos de la clase media pensaba serle más fácil y más corto. La reglamentación del teatro español y de los derechos de representación de las obras dramáticas, que desde entonces ha permitido á los escritores sacudir hasta cierto punto la tiranía de las empresas, fué también obra de Cañete, en que puso no poca mano Ventura de la Vega, para quien se creaba la Comisaría regia, que venía á ser una dictadura sobre cómicos y poetas, capaz de convertir en infiernos del Dante, como los convirtieron, al café y al saloncillo del Príncipe, á los corros trashumantes de la plaza de Santa Ana y de la puerta del Suizo, á las redacciones de los periódicos y á los conventículos de la gente menuda. El álbum dedicado al conde por la gratitud imparcial de los que sólo miraban en su reforma el engrandecimiento del teatro y de los autores, álbum que se imprimió con extraordinario lujo, fué igualmente inspiración del crítico de *El Herald*.

Para quien fué una verdadera catástrofe la revolución de 1854, pues sin haber medrado gran cosa con la prosperidad de sus amigos se halló envuelto en su ruina. Como no era hombre para conspirar ni para irse con la corriente, al trabajo pidió su único consuelo y su único medio de subsistencia. ¡El trabajo! Tampoco su salud ni sus hábitos se lo permitían en la medida reclamada por las circunstancias. Premio y descontentadizo, aunque despachaba en dos solas cuartillas de papel un folletín de *El Herald*, sobre corregir por la tarde lo que había escrito por la mañana, lamía y relamía por la noche la obra de mañana y tarde, resultando la claridad de su letra incompatible con la de las cuartillas borrajeadas hasta en el canto del papel, y así tenía que hacer más de una copia cuando de cosas de empeño se trataba. Creía firmemente que entre renglones estrechos el estilo se pulé mejor, como si sudara y se purificase; y en efecto, el suyo era tan limpio y tan atildado, en verso como en prosa, que sus dos únicos volúmenes, las *Poesías líricas* y los *Apuntes para la historia del teatro español anterior á Lope de Vega*, pueden servir de modelos de corrección y buen gusto. Una historia general de este teatro fué la mayor ilusión y empleo de su vida; pero los ricos materiales que para ella tenía allegados nunca le dejaron completamente satisfecho, y ora por falta de un manuscrito de Viena, ora por no encontrarse en Sevilla una comedia que consta en el *Registrum* del fundador de la Colombina, andábase por las ramas sin acometer de lleno su grande empresa. Debemos, sin embargo, á estos trabajos de detalle su preciosa edición de las *Farsas y églogas*, de Lucas Fernández, y la no menos bella que hizo la Sociedad de bibliófilos españoles de la *Josefina*, de Micael de Carvajal, rico y desconocido florón de nuestra corona dramática, á quien puso un prólogo Cañete con tal esmero que se estima por el mejor de sus trabajos.

Afanosa y triste fué su existencia. Vivió siempre solo, sin otras aficciones que las pegadizas y amistosas, pegado á las cuartillas como un labrador al terruño, sin otros rayos de luz que los que llevaban sus amigos, que los tuvo muy sinceros é ilustres, á aquella casa sombría de la calle de los Caños, número 7.

Las vueltas de la política habían mejorado bastante su posición sin pasar de la medianía, proporcionándole el trato de personajes de alta alcurnia, por quien tanto se perecía. Era tan hábil en el arreglo y adorno de mesas para festines, que en muchas casas aristocráticas no se abría el comedor sin el *visto bueno* de Cañete.

Una afición inmoderada al buen tabaco y un miedo invencible á las pulmonías le dominaron también en sus últimos años, presintiendo quizá lo que iba á sucederle. Una húmeda tarde de octubre de 1891 antojósele visitar el edificio que se estaba edificando para Academia Española en las alturas de San Jerónimo el Real; encendió por precaución un magnífico habano, y no habiéndolo concluido al salir de allí, sentóse á hacer tiempo para una visita en el Prado, cuyas andanzas y viajes aprovechó por tercera vez su mortal enemigo, para atacarle y vencerle á los pocos días, rodeado de literatos y de músicos, dos de los cuales iban á seguirle á la tumba muy pronto, Fernández-Guerra y Barbieri.

V. BARRANTES

LA MEJOR PRESEA

Jugador 1.º El caballo aún no ha salido.
Id. 2.º ¿Qué carta vino?
Id. 3.º La sota.
Id. 1.º Pues por poco se alborota.
Id. 3.º Un caudal llevo perdido
Voto á Cristo...
(*El Estudiante de Salamanca.*)

El *croupier* tiró el *albur*; un *as* y un *siete*.

Al *picar el gallo* volvió un *rey*, que se dobló, y enfrente el *dos de copas*.

— ¡*Entrés!* y *pinta...*, dijo, paseando una mirada mortecina alrededor de la mesa en que se agrupaban los jugadores.

Una lluvia de billetes de banco, fichas y monedas cayó sobre el tapete: «dos duros al *as...*» «cinco al *siete...*» «juego dentro» «seis á la *pinta...*»

Y aquellos hombres, de rostros ajados por el insomnio, seguían con mirada febril las manos del banquero que marcaba las posturas.

— Juego..., dijo éste disponiéndose á volver la baraja.

— ¡Juego!, respondió como un eco la voz del capitán Martínez, que entraba en el templo del azar.

Fijó su vista sobre las cartas, y lentamente, sin temblarle la voz, con una decisión firme y resuelta, añadió:

— Soy último en el *entrés*.

Un escalofrío paralizó el movimiento de aquellos corazones curtidos en el vicio. Todos se volvieron, y con esa admiración del recluta en presencia de un entorchado, miraron al capitán, reconociendo en él un *punto fuerte*, nombre que se da en el *argot* de los garitos al jugador que pierde ó gana, con sangre fría, sumas considerables.

La sorpresa era lógica; el capitán pronunció una frase de sensación, era el *copo* á la banca, un duelo á muerte entre ésta y el jugador.

Los banqueros se consultaron con la vista, y uno de ellos dijo, cambiando de posición la carta:

— ¡*Val!*..

Y volvió la baraja.

El capitán demostró que era un *punto fuerte*; jugaba mucho y bien, es decir, con arrojo y sangre fría. Que la suerte fuera próspera ó adversa, nunca se alteró aquella eterna sonrisa estereotipada en sus labios; era el prototipo del jugador *pur sang*, correcto, sereno, audaz y de gran corazón; siempre dispuesto á perder á una carta la fortuna del universo entero y á rescatarla después con su cabeza.

— ¿Tenía capital?.. No. El tapete verde se *llevó* en poco tiempo la herencia paterna, que no era despreciable, y el dote de su mujer, del cual sólo restaban cinco mil duros que iba dispuesto á jugarse aquella noche.

Siendo en Cuba capitán cajero, arriesgó los fondos del regimiento y los perdió: unos veinte mil pesos. Al tirar sobre el tapete la última onza de oro, quebró la suerte y empezó á ganar; se rehizo en pocos golpes y al décimo saltó la banca.

— ¿Qué hubieras hecho si te tiran la contraria?.., le preguntaba un compañero al otro día.

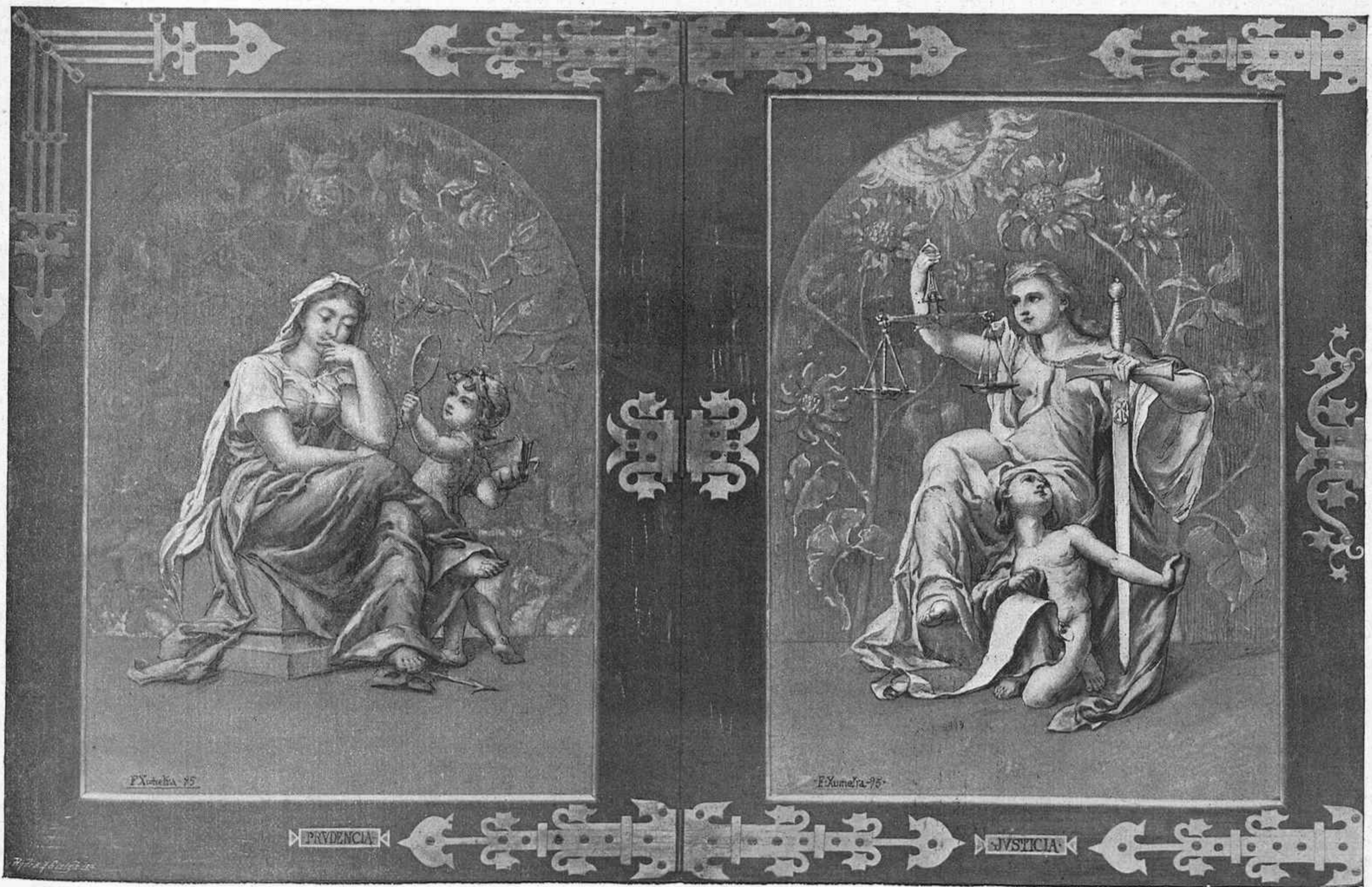
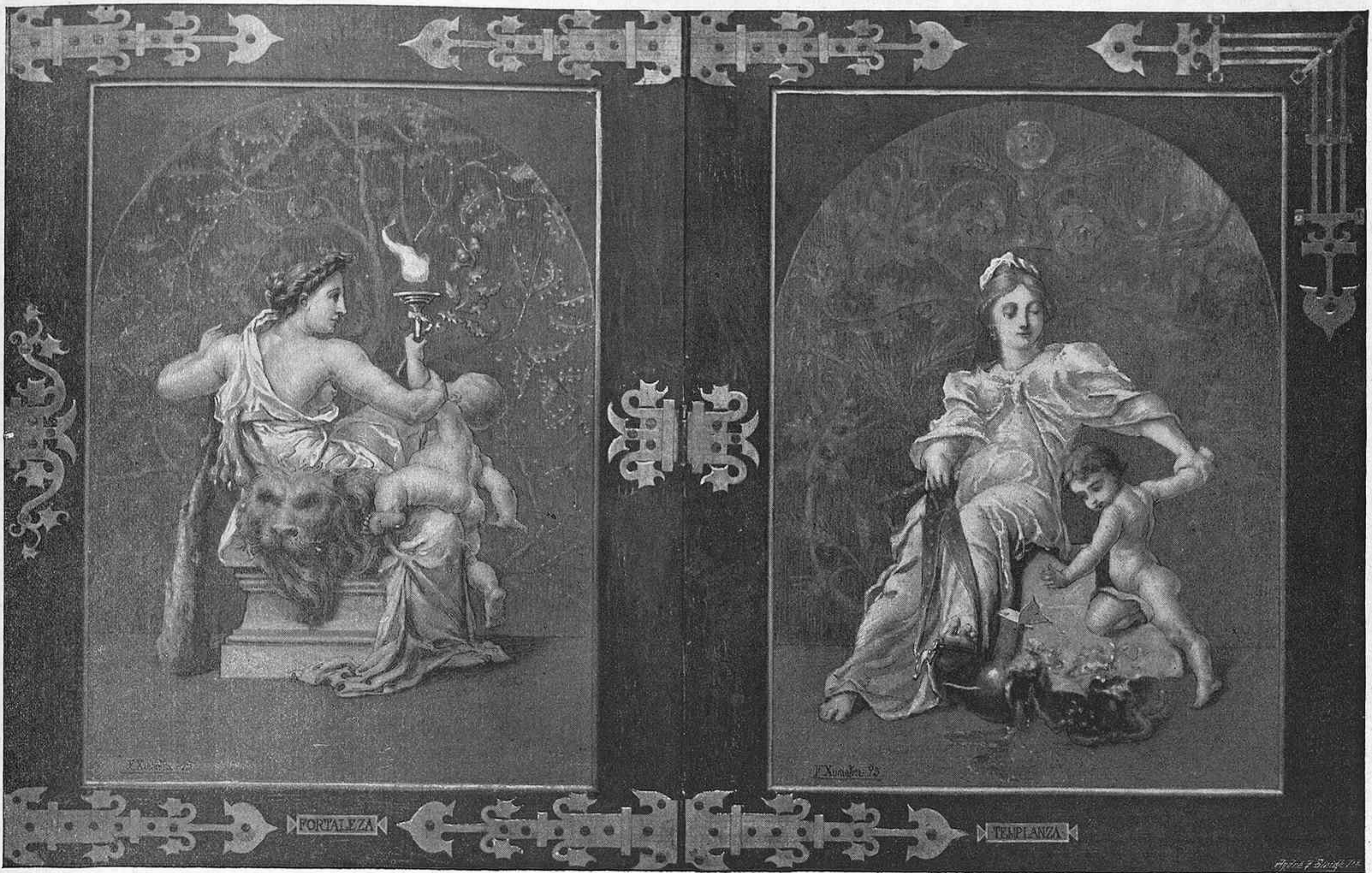
— Pagar.

— ¡Pagar!.., y ¿con qué?..

— Con esto..., respondió sacando del bolsillo un revólver de los llamados *bull-dog*.

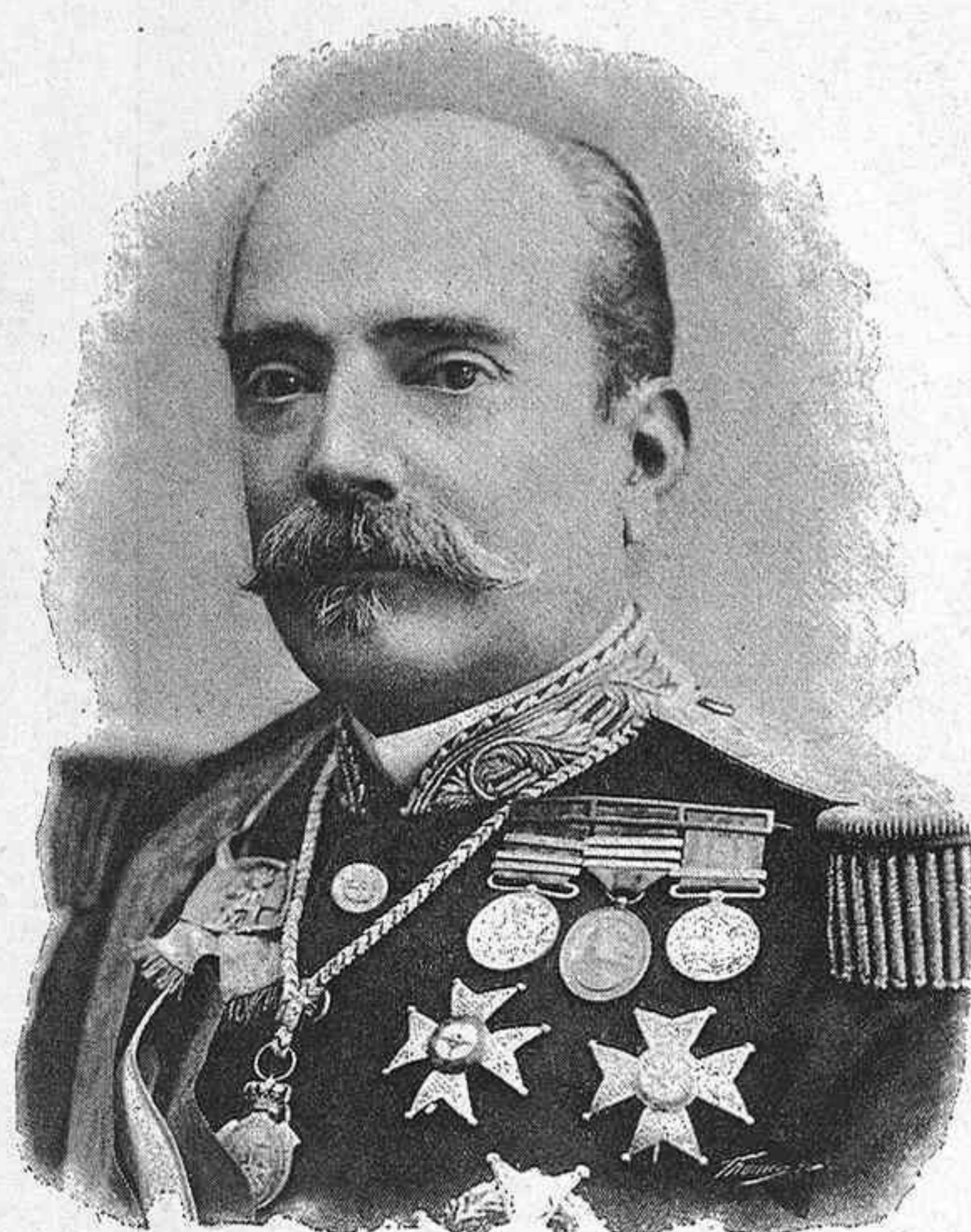
Este era el hombre que entró en el casino copando la banca.

El *croupier* comenzó á tirar. Una..., dos..., tres; saltó... Á las cinco cartas vino el *rey*. Se contó el dinero... ¡Diez y seis mil pesetas!.. pérdidas al primer golpe.



LAS VIRTUDES CARDINALES,
pinturas decorativas de Fernando Xumetra y Ragull

- *Va* muerto el *as...*, dijo sacando un fajo de billetes.
Y ganó.
Transcurría el tiempo; la suerte venía y se marchaba cediendo el puesto á la *mala sombra*. «Una...»



EXCMO. SR. D. FERNANDO PRIMO DE RIVERA, gravemente herido en su despacho de la capitania general de Madrid en la mañana del día 3 del presente mes

dos...» «carga...» «doblo...» «diez mil pesetas...» «veinte mil...» La banca cede... «Un golpe á la *cruz* y fuera...» «¡Maldición!...» «¡La *sota!*...» «Vuelta...» «caso en el *tres...*» «salto en el *caballo...*» «¡La *lavel!*»

Y así, con las alternativas del azar, dándose y quebrando el juego, esperando la carta que no viene y dándose la que por cálculo debía quedar en el monte, perdiendo todo y rehaciéndose con el último billete, pasó una hora más de angustias y sobresaltos; aquella partida era para él una cuestión de vida ó muerte.

Los *puntos* y *mirones* fueron desfilando poco á poco; unos, desplumados, tristes y cariacontecidos; otros, con la satisfacción retratada en el semblante por ganar á tan poca costa lo que tal vez serían incapaces de obtener en mucho tiempo con el trabajo honrado, y no pocos dando vueltas allá en las profundidades de su cerebro á cábalas misteriosas, *mar-*

continuaba empeñado en su feroz pugilato contra la desgracia, que le oprimía y aplastaba como la roca mitológica el hercúleo cuerpo del titán; echó sobre el tapete verde los últimos cien duros y... ¡perdió!... Cuando la raqueta, con esa fría impassibilidad del autómatas, se llevó aquel girón postrero de dos fortunas que representaban muchos años de trabajo y no pocas privaciones, y vió al *croupier* insensible amontonar su dinero sobre el de la banca, debió experimentar algo así como un odio reconcentrado hacia aquel hombre, un profundo aborrecimiento, el de la fiera contra el domador que fustiga sus carnes, la rabia impotente del forzado contra los hierros que le aprisionan...

Y sin embargo, él, en su fuero interno, comprendía que esta aversión carecía de lógica... ¿Quién le mandó jugar? Nadie... ¿Por qué jugó? Porque sí... Porque quiso..., cediendo á los impulsos de su libertad libérrima... Perdió... Bueno... ¿Y si hubiera ganado?... Aún le quedaba un recurso, al que se asió con la desesperación del naufrago á la tabla salvadora. Tenía amigos...; en caso tan extremo ¿por qué no acudir á ellos, como ellos pusieron á contribución su amistad en otras ocasiones?... Allí, enfrente de él, estaba ganando el comandante C***, á quien días antes prestó un servicio análogo... Fuera dudas...

El capitán se levantó, y acercándose al comandante le pidió mil pesetas... ¡que á los cinco minutos le había llevado la banca! Decididamente se cebaba en él la *mala sombra*..., pero era fuerza jugar..., jugar, sí, hasta quemar el último cartucho... ¡Jugar!.. ¿Cómo? No tenía un céntimo y debía mil pesetas...; las deudas del juego son sagradas, y entre caballeros deben quedar saldadas dentro de las veinticuatro horas; preciso era pagar, y pagaría, costase lo que le costase; su honor estaba comprometido y debía procurar salvarlo... ¡Si aún le quedase algo!... - la suerte es loca y ¡quién sabe!, el juego venía por derecho. - ¡Qué sarcasmo!., entonces, cuando ni una moneda le quedaba para intentar el último golpe...; y había que jugar..., sí..., buscar de nuevo el desquite de su ruina, pagar aquellos doscientos duros cuyo recuerdo le abrasaba..., rescatar con un golpe audaz su honor puesto en peligro...

Abismado en estas reflexiones, miraba sin ver las cartas que caían sobre el tapete y escuchaba sin oír

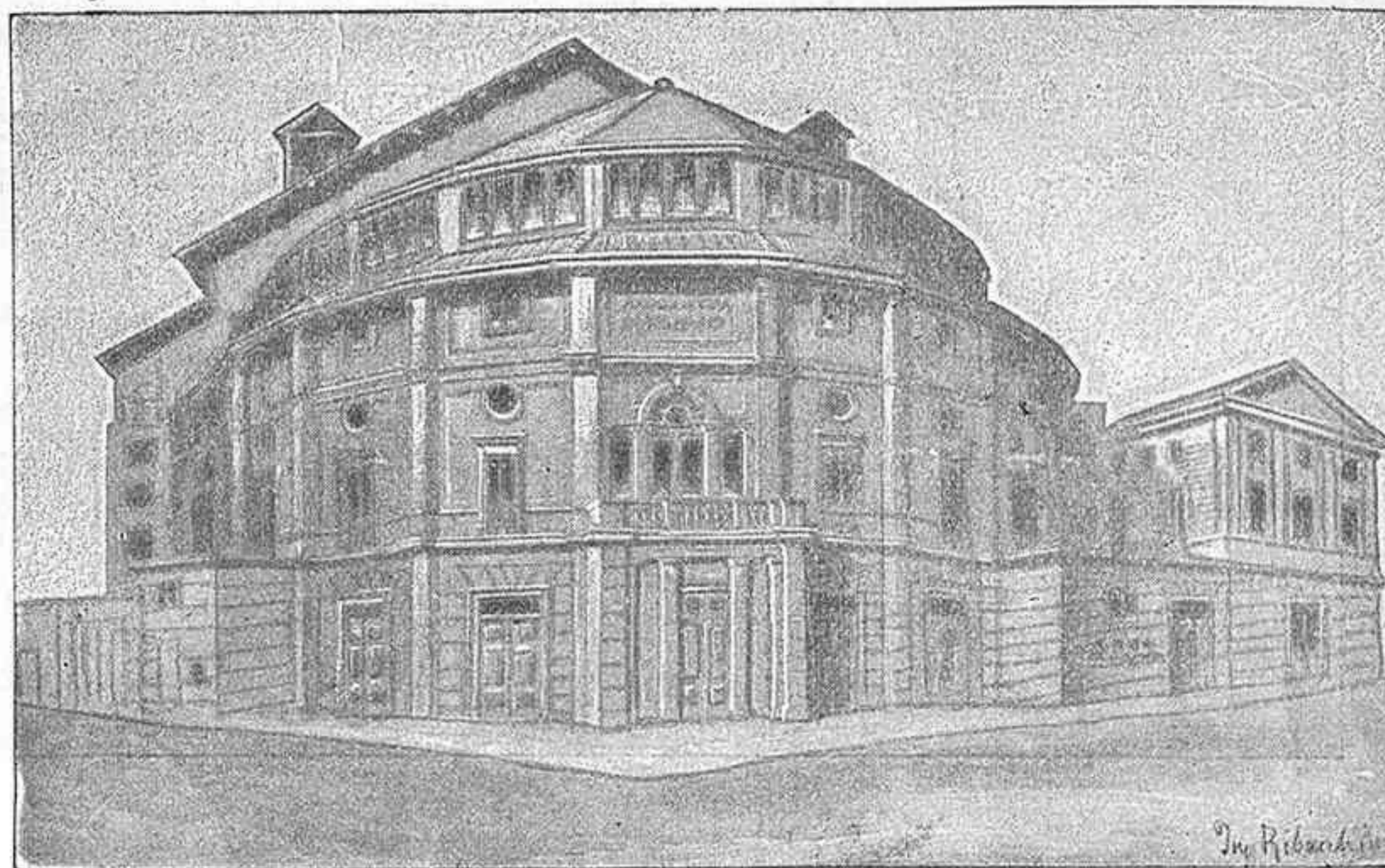
«Querida Mercedes: Para salvar mi honra, envíame la joya de más precio que tengas. - Tuyo

»Manuel.»

Llamó á un criado y se la entregó con orden de que esperase respuesta. Él se levantó, pasó al salón contiguo, y aplanado, triste, presa de mortal aniquilamiento se desplomó sobre un sillón, donde á poco le dominó un profundo sopor, algo parecido á ese estado de falsa catalepsia que se apodera del hombre á continuación de las grandes catástrofes, cuando el sufrimiento rebasa los límites de la resistencia intelectual y física.

Entró un servidor del círculo y le tocó en el hombro suavemente creyéndole dormido.

- ¡Señor!..
- ¡Qué hay!., respondió levantando la cabeza y mirando al criado con esa indecisión que acusa un estado del alma frontero á la locura.
- Una señora que desea verle...
- ¡Una señora!., ¡já mí!.. ¿Cómo se llama?..
- No ha dicho su nombre; guarda en el salón de recibo.
- Está bien. Diga usted que allá voy...



Teatro Politeama Adriano, de Roma, recientemente destruído por un incendio

Presagiando vagamente algo que no podría definir un hecho desconocido, no sabía cuál, que le oprimía el corazón, se puso en pie. Tenía el semblante cadavérico, las mejillas hundidas, los labios secos y los ojos brillantes, con ese fulgor metálico de la fiebre y enrojados en el borde de los párpados.

Con paso vacilante atravesó un corredor y la antesala donde los ordenanzas de guardia roncaban á pierna suelta tendidos sobre el escaño de terciopelo verde; abrió la puerta del salón y no vió á nadie; las lámparas estaban apagadas, menos una que proyectaba su débil claridad sobre un reducido espacio. Fué á retirarse, cuando se destacó marchando hacia él entre la obscuridad del fondo una sombra envuelta en amplio abrigo de terciopelo negro. Era su mujer, bellísima criatura de veintitrés años, cuya pálida tez hacía resaltar como el nimbo de una Virgen la tradicional mantilla de blonda.

- ¿A qué has venido?... la preguntó brutalmente el capitán.

- A obedecerte, Manuel, respondió tristemente aquella víctima de las pasiones humanas.

- Mientes..., yo no te he llamado.
- Es lo mismo; me has pedido la joya de más precio y aquí te la traigo.

El capitán no era malo; tenía un corazón recto y amaba á su mujer. Avergonzado del brutal arranque primero, inclinó la cabeza y respondió más suavemente con una voz que temblaba por la emoción:

- Mercedes..., se trata de salvar mi honra, perdona...

- Nada te pregunto, respondió cogiendo entre sus brazos y alargando al capitán un bulto que al entrar depositó con gran cuidado sobre un escaño. ¡Toma!., ahí tienes lo que me has pedido, nuestra joya más valiosa..., ¡tu hijo!..

Y así hablando, descubría dulcemente un niño de once meses, hermoso como los ángeles, que despertaba sonriendo y tendía las manitas hacia su padre.

El capitán lanzó un rugido, estrechó apasionadamente al niño contra su pecho, y salió como loco, sin soltarle, diciendo á Mercedes, que miraba derramando lágrimas de enternecimiento el grupo formado por aquellos dos seres tan queridos de su alma:

- Vámonos de aquí, Mercedes, salgamos de esta casa que aborrezco..., me has salvado el honor, y tal vez con el honor la vida,



D. MIGUEL ANGEL TRILLES Individuos del Jurado de la actual Exposición general de Bellas Artes. Sección de Escultura



D. RICARDO NAVARRETE

tingalas de éxito infalible con las que más ó menos tarde se proponían hacer saltar la banca en la misma *kursaal* de Monte-Carlo.

A la una fueron llegando los trasnochadores; gente que duerme de día, no trabaja y se divierte en las horas destinadas al descanso, porque tiene dinero para ello, y hace bien. Martínez, firme en la brecha,

el retintín metálico de la plata que amontonaban los banqueros en sendas pilas.

- ¡Es preciso!., murmuró pasado un rato, como respondiendo á una idea que germinaba en su cerebro.

Y sacando una tarjeta de la cartera, escribió al dorso con mano febril:

Aquella tarde recibió el secretario del círculo una carta que decía:

«Muy señor mío: Por razones particulares, he determinado darme de baja en la lista de los socios de ese círculo.

»Lo que tengo el honor de participar á usted, etc.»

El capitán, que hoy es general, no ha vuelto desde entonces á traspasar los umbrales de una casa de juego, el cual aborrece al par que siente profunda piedad hacia los jugadores.

Siguiendo las máximas del Evangelio: *Odia el delito y compadece al delincuente.*

JOSÉ DE MADRAZO

EL BURRO DEL TÍO LUCAS

BOCETO

¡Cualquiera se atrevía en el pueblo á disputar con el tío Lucas, poniendo en duda las condiciones de aquel tremendo cuadrúpedo, símbolo, en todas las edades del mundo y del hombre, de la ignorancia!

— Ya podéis *golveros* locos en veinte leguas á la redonda, decía el tío Lucas un domingo en medio de un grupo de arrieros y de labradores. Aunque *baece* mentira, mi Rucho es menos burro que muchas personas, y en cuanto á manso es un borrego.

Y entre exclamaciones de este género ó apreciaciones exageradas sobre la bondad del burro, el dueño de aquel tesoro con patas se disputaba con

todos los del pueblo si alguno osaba contradecirle.

Sus convecinos ya lo sabían, y cuando después de apurar sendos jarros de vino se separaban, limpiándose la boca con la manga de la camisa, algunos decían tan sólo y en voz baja:

— El tío Lucas no ve más que por los ojos del Rucho.

Y el burro era, en efecto, el prototipo de los de su raza.

¡Vaya un burro, desde las orejas al rabo!

— Buen hombre, dijo uno de ellos, ¿quiere usted dejarnos el burro por unos momentos?

— Mire usted, señorito, ya me puede usted *pedir* mi mujer, mi casa toda y hasta la *Pelaa*, que es una galga que atrapa una liebre al salto...; pero el Rucho..., vamos, eso..., *dequíá* luego.

— No, hombre, se trata de que usted lo tenga mientras tomamos unos apuntes.

— Apuntar..., apuntar...

El tío Lucas, después de mil explicaciones consin-



SANSONETTO, caballo vencedor del gran premio del Comercio en las carreras de San Siro (Milán)

Tío Lucas, ¿quiere usted vender el Rucho?

— Así *premita* Dios me dé un torozón antes que llegue ese caso.

— Pues hay un señor que *quie* comprarlo.

— Pues dile á ese señor que se *güelva* á su casa.

Y el tío Lucas pasaba su callosa mano por el pescuezo del asno, que aguzaba las orejas como si escuchara lo que decía su amo.

* *

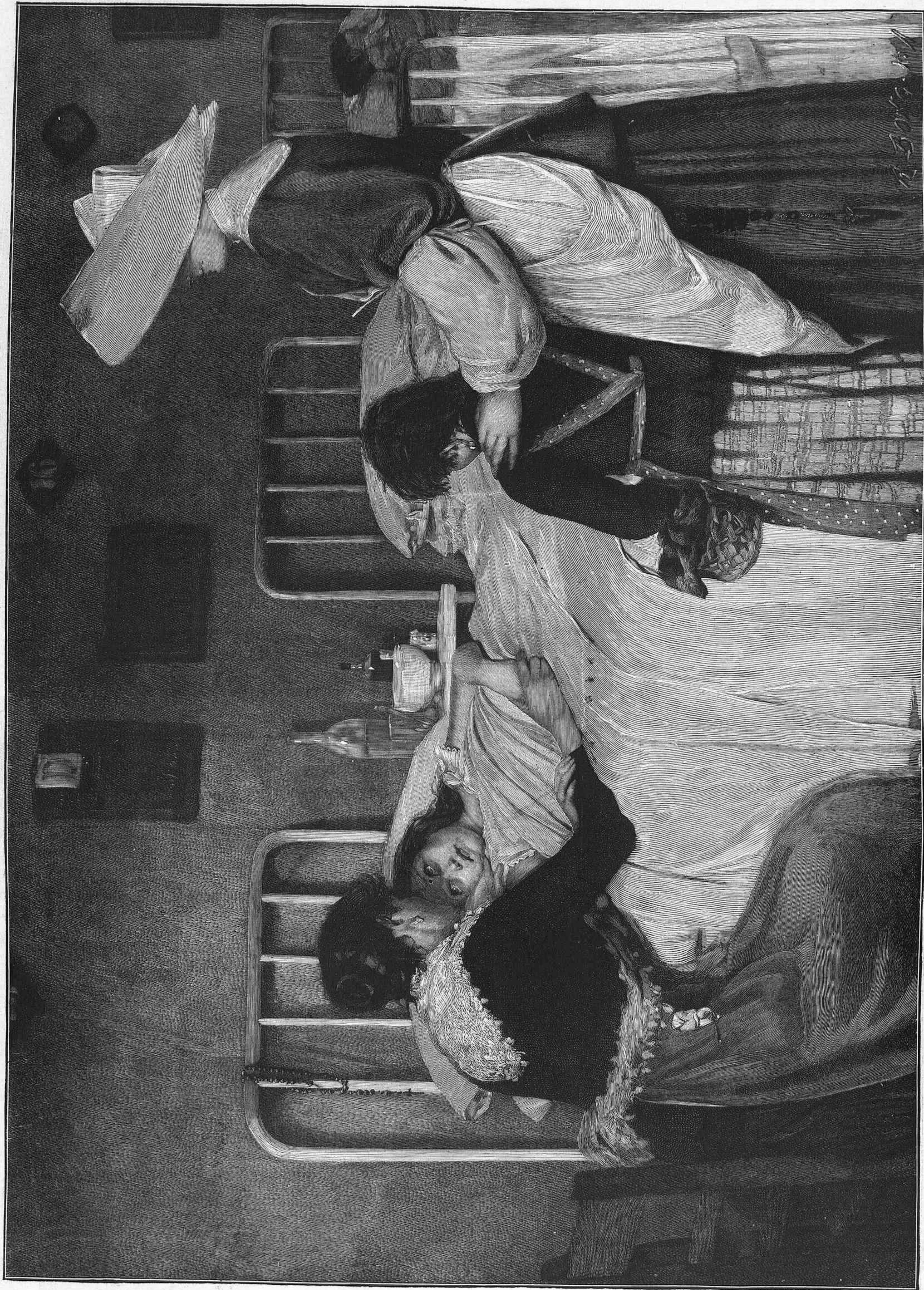
— Pues mire usted, andan retratando por ahí á todos y de *barde*.

— No te fíes de esos que trabajan sin cobrar. A mí *naide* me la pega, y si ellos retratan de *barde*, en algún *lao* sacarán el cacho.

Dos señores se aproximaron al grupo que formaban el tío Lucas, su interlocutor y el famoso burro, y precisamente en el Rucho se fijaron los recién llegados, observándole con mucha atención.



Los primeros pasos, dibujo de F. Millet



LA VISITA DE LA MADRE, cuadro de Enrique Paternina



EL JARDÍN DE LAS HÉSPERIDES, cuadro de A. F. Gorguet (Salón de los Campos Elíscos)

G. GORGUET

tió en llevar el Rucho aparejado con la albarda nueva al patio de la posada, y allí en un dos por tres le retrataron con *pintura fina*, según dijo después el tío Lucas en casa del barbero.

* *

— Oye, Lucas, decía el boticario al propio tiempo que leía *El Liberal*. ¿No sabes que el Rucho tiene fama adquirida en Madrid?

— ¿Qué me dice usted..., D. Faustino?

— ¿Te acuerdas de aquellos señores que estuvieron aquí hace dos meses?

— ¿Aquellos que retrataron esta alhaja?

— Sí, hombre, los mismos; pues bien, el cuadro que hicieron en el patio de la posada le han vendido en 4.000 pesetas.

— ¡Zambomba!

— Aquí lo dice *El Liberal*, que hace la reseña de la exposición de pinturas en Madrid.

El tío Lucas montó en el Rucho, cruzó sus pies el uno sobre el otro, y después de un *jarre, burro!*, dió las buenas tardes á D. Faustino.

El burro emprendió un trote cochinerero en dirección á la cuadra, mientras el tío Lucas iba pensando:

— Si un burro *pintao* vale tanto dinero, ¿cuánto valdrá mi Rucho, que es de carne y hueso?

Desde entonces el tío Lucas mira al burro con más respeto que cariño. — F. OLTRA.

NUESTROS GRABADOS

Pilluelo. — El primer triunfo estatuas de Joaquín Anglés. — Grato es siempre para nosotros significar testimonio de consideración á los artistas que han logrado distinguirse por su laboriosidad y sus méritos; pero lo es mucho



PILLUELO,
escultura de Joaquín Anglés. (Salón de París)

más cuando los elogios van dedicados á aquellos que como el Sr. Anglés logran abrirse paso en extranjero suelo y alcanzan merecido renombre. Entonces acrecientase la importancia del triunfo, ya que los que se obtienen contribuyen á cimentar el buen concepto del movimiento artístico de nuestra patria.

Tan modesto como estudioso, no titubeó el discreto escultor tortosino, á pesar de los elogios que sus obras merecían, en abandonar nuestra ciudad para trasladarse á París, con el fin de recibir de los primeros maestros las enseñanzas necesarias para cimentar su educación artística. Que no se equivocó Anglés, demuéstranlo las dos bellas estatuas que reproducimos, expuestas actualmente en el Salón, inspiradas en los modernos conceptos y ejecutadas con soltura y grandiosidad. Una y otra, de opuesto carácter, están modeladas con felicísimo acierto, y si el *Pilluelo* es trasunto del natural, *El primer triunfo* hállase inspirado en las magistrales producciones del gran arte.

Busto de la Excmo. Sra. Marquesa de Alonso de León, obra de Agustín Querol. — Nuestro querido colaborador Sr. Balsa de la Vega, en el artículo publicado en el último número, ha encomiado cual se merecen las obras lleva-

das por el Sr. Querol á la Exposición general de

Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid, entre las cuales figura el precioso busto en mármol que hoy reproducimos. Las justísimas alabanzas que en el citado artículo se dedican á la manera prodigiosa como modela el célebre escultor tortosino, coinciden con las que toda la prensa madrileña le ha prodigado, y esa unanimidad, confirmada por el aplauso público, es el mejor lauro para el Sr. Querol. En cuanto á nosotros, inútil es decir, tratándose de un antiguo colaborador á quien tanto estimamos, que unimos nuestros más sinceros plácemes á los que sus últimas obras le han valido, y que deseamos que la recompensa sea digna del merecimiento.

Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera.

En la mañana del día 3 de los corrientes acababa de entrar el Sr. Primo de Rivera en su despacho de la capitania general de Madrid, cuando se le presentó un capitán de infantería, D. Primitivo Clavijo, y apenas hubo cruzado con él el saludo de ordenanza, disparóle dos tiros de revólver, hiriéndole gravemente en el pecho y de menos gravedad en el brazo. De las personas que en la estancia se encontraban y de las que al oír los disparos allí acudieron, unas se apresuraron á socorrer al ilustre herido, mientras otras sujetaban al agresor, no sin tener que sostener con él alguna lucha. Tal es, en pocas palabras referido, el atentado que en estos días ha conmovido á toda la nación española, admiradora de un militar de tan brillante historia como el marqués de Estella. El delito ha sido expiado: el capitán Clavijo fué pasado por las armas á los dos días de cometerlo, muriendo como buen cristiano y dando pruebas de serenidad, de valor y de noble arrepentimiento. ¡Que Dios haya acogido el alma del desdichado y oiga los votos de cuantos se interesan por la vida y el pronto restablecimiento del general Primo de Rivera!

Sansonetto, caballo vencedor en las carreras de San Siro. — Las carreras de caballos se han aclimatado por completo en Italia, en donde todos los años se celebran en las principales ciudades. En las últimas celebradas en San Siro (Milán) ganó el gran premio del Comercio el hermoso caballo de raza italiana *Sansonetto* que reproducimos.

Teatro Politeama Adriano, de Roma. — Este teatro, recientemente incendiado, era de grandes dimensiones y sólo funcionaba desde hace un año, pues por ser casi todo él de madera y ocupar el interior de una manzana, las autoridades no querían que en él se dieran representaciones. Al fin hubieron de ceder aquéllas, y los hechos han venido pronto á demostrar cuán prudente era su primera negativa y cuán mal hicieron en dar el consentimiento para la apertura. Funcionaba en él una compañía de baile que representaba el *Excelsior*: el incendio comenzó á las cinco de la madrugada y á las seis estaba el teatro completamente destruido, siendo muy considerables las pérdidas ocasionadas por el incendio.

Los primeros pasos, dibujo de F. Millet. — El infortunado autor de *El Angelus* imprimía en todas sus obras un sello de melancólica poesía que le ha dado verdadera personalidad en el mundo del arte: mucho hubo de sufrir en vida el infortunado Millet, pues sus contemporáneos no supieron apreciar lo que valía el eximio artista; la posteridad le ha hecho justicia, y aunque desgraciadamente tarde para él, sus obras se estiman hoy como preciosas joyas cuya posesión se disputan los aficionados de todo el mundo, y su nombre se pronuncia con la admiración que merece uno de los más fervientes apóstoles del arte que siente intensamente la naturaleza y que reproduce con una sinceridad y una sencillez portentosas sus múltiples bellezas. En *Los primeros pasos* brillan en alto grado estas cualidades que ya hemos alabado en su autor, á propósito de otras obras suyas que hemos publicado.

La visita de la madre, cuadro de Enrique Paternina. — Cada época marca en todas las creaciones el sello ó carácter especial que la distingue. La nuestra manifiéstase por el estudio y expresión de cuanto constituye el modo de ser, la existencia de sentimientos y pasiones, vicios ó virtudes que nos enaltecen ó rebajan. Por eso nótese que algunos artistas inspíranse en cuadros de costumbres, dramas íntimos ó bien en escenas tan tiernamente sentidas cual la que ha servido al distinguido pintor riojano Enrique Paternina para producir el hermoso lienzo que reproducimos. Una niña enferma, á quien visita en el hospital ó en el asilo su amante madre,

privada de prodigarle sus cuidados por carecer de recursos, ha servido de tema al artista, quien ha sabido desarrollarlo con singular acierto, ya que así las figuras de la enfermita como la de la madre y la de la religiosa están bien interpretadas, viéndose en el bello semblante de la niña las huellas de la dolencia que la affige y las de la impresión que le produce la vista de aquella á quien debe el ser y de la que el cruel destino la separa cuando más necesitada se halla de sus caricias.

Aplausos merece el que fué aventajado discípulo de D. Alejandro Ferrant por su notable lienzo, que no titubeamos en prodigarle, cual lo hicieron ya cuantos tuvieron ocasión de verlo en la Exposición nacional de 1892.

El jardín de las Hespérides, cuadro de A. F. Gorguet. — Las Hespérides, hijas de Atlas y de Hesperos, la estrella vespertina, habitaban, según la fábula, un jardín delicioso, cuyos árboles, cargados de dorados frutos, extendíanse desde el lado de la noche hasta más allá del río Océano. La misión de las Hespérides consistía en guardar las manzanas de oro, misión en la cual las secundaba Ladón, dragón de cien cabezas. Hércules fué á la conquista de aquellos preciosos frutos, que pudo conseguir dando muerte al monstruo y realizando con ello el undécimo de sus trabajos.

El joven pintor francés Gorguet ha modernizado de una manera bellísima la antigua fábula y evocado un recuerdo mitológico, adaptándolo primorosamente al gusto del día: su cuadro fué justamente admirado en el Salón de París.

D. Miguel Angel Trilles, D. Ricardo Navarrete, D. José Parada y Santín, D. Fernando Arbós, individuos del Jurado de la actual Exposición general de Bellas Artes. — Continuando la serie que comenzamos en el número último, publicamos hoy los retratos de los jurados Sres. Trilles, Navarrete, Parada y Arbós, éste último secretario general, respecto de los cuales nada hemos de decir, pues conocidos son sus merecimientos para desempeñar los cargos que les han sido confiados, bastando á nuestro objeto dar por reproducido lo que consignamos al ocuparnos de sus compañeros.

EL PRIMER TRIUNFO,
escultura de Joaquín Anglés.
(Salón de París)



D. JOSÉ PARADA Y SANTÍN,
jurado de la sección de Pintura de la actual Exposición
general de Bellas Artes



D. FERNANDO ARBÓS,
secretario del Jurado de la actual Exposición general
de Bellas Artes

EL CONSEJO DEL DÍA. — Los enfermos atacados de la *diabetes* se hallan generalmente agotados por una alimentación insuficiente y por medicamentos alterantes. Por el empleo de la *Quina anti-diabética Rocher*, el enfermo reconfortado puede resistir á la invasión progresiva de la *diabetes*. Las fuerzas no tardan en repararse, y con ayuda de un régimen prudentemente apropiado puede esperar la curación. La *Quina anti-diabética Rocher* es, sobre todo, un poderoso tónico que modifica rápidamente el estado general. Los más célebres doctores de París y del mundo entero la prescriben, no solamente á los diabéticos, sino cada vez que el enfermo se halla agotado por una larga enfermedad, á consecuencia de operaciones quirúrgicas, y á todos los convalecientes.

EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.^a

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO, - ILUSTRACIONES DE CABRINETV

(CONTINUACIÓN)

Suzón se apoyó sobre su escoba, puso una cara de vinagre, y me contestó con acento de profunda convicción:

- Las mujeres, señorita, valen muy poco, pero los hombres valen aún mucho menos.

- ¡Oh!, exclamé con aire de duda, ¿estás segura de ello?

- ¡Tan segura como se lo digo á usted, señorita!

Y dando un escobazo mayúsculo á los restos de verduras que se hallaban por tierra, los hizo desaparecer con igual destreza que si hubiesen representado los bípedos objeto de su antipatía.

Me encerré en mi cuarto para meditar sobre el axioma misántropo lanzado por Suzón, bastante descorazonada pensando que valía muy poco, y que mis amigos desconocidos, los hombres, merecían la denominación humillante de valer aún mucho menos.

V

No obstante, mis estudios de costumbres me parecían enteramente insuficientes, por lo cual resolví seguirlos con la ayuda de las novelas de la biblioteca.

Precisamente un lunes, día de feria, mi tía, el cura y Suzón debían ir juntos á C... Mi tía había decidido, según costumbre, que yo me quedaría vigilada por Perrina, y por primera vez en mi vida, esa decisión me encantó. Estaba segura de hacer lo que me diese la gana, contando con que Perrina se ocuparía mucho más de la vaca que de mis inspiraciones.

Para ese género de excursiones, el colono, á las ocho de la mañana, se presentaba en el patio con una especie de carrito bautizado en el país con el nombre de *maringote*. Mi tía sacaba su traje de gala, luciendo un sombrero redondo de fieltro negro, que había adornado con unas bridas de color violeta y que se plantaba sin pizca de gracia encima del moño. Se cubría con unas pieles, ya hiciese calor, ya frío, habiendo observado el principio, desde que se casó, que una señora de buen tono no podía ponerse en camino sin llevar sobre sí la piel de algún animal. Cuando estaba vestida de este modo, se le figuraba que todas las señales que denunciaban su origen se borraban del todo.

Se sentaba en una silla, en el fondo de la *maringote*, colocando una almohada encima, para que esa parte delicada del individuo, que una pluma discreta se niega á nombrar, estuviese más cómoda.

Suzón, encargada de guiar un caballo que no necesitaba ser guiado, se colocaba á la derecha, sobre la banqueta del pescante, y el cura iba á su lado.

Entonces, simultáneamente se dirigían á mí.

- No hagas ninguna diablura, decía mi tía, y no vayas á la huerta.

- No revuelva usted mi cocina, gritaba Suzón, y conténtese usted con la ternera fría para almorzar.

El cura no decía nada, pero me enviaba una amable sonrisa y hacía un gesto que quería decir:

«No ha querido venir con nosotros, pero por mi gusto habría venido.»

En ese memorable lunes, todo pasó como de costumbre. Anduve algunos pasos por delante de casa, y bien pronto los vi desaparecer, dando los tres unas sacudidas como cestos de ensalada.

Sin perder un minuto, puse en ejecución un proyecto que acariciaba hacía tiempo. Se trataba de tomar posesión de la biblioteca, cuya llave había tenido el cura la fatal idea de llevarse consigo; pero yo no era muchacha que se descorazonase por tan poca cosa.

Fuí corriendo á buscar una escalera de mano que arrastré hasta colocarla debajo de la ventana de la biblioteca; haciendo esfuerzos sobrehumanos conseguí ponerla de pie y apoyarla sólidamente contra el muro. Trepando con ligereza llegué pronto arriba, rompí uno de los cristales con una piedra que había tenido la precaución de meter en mi bolsillo, y retirando todos los cristales que habían quedado aún, introduje la parte superior de mi cuerpo por la abertura y me colé en la biblioteca.

Caí de cabeza y me hice un cichón enorme en la frente; al día siguiente, el cura me trajo un unguento para curarme.

Mi primer cuidado, así que me levanté y que el aturdimiento causado por mi caída se disipó, fué registrar los cajones de un antiguo escritorio para descubrir una llave igual á la que el cura se había llevado. Mis investigaciones no fueron largas, y des-

esta chica tan aturdida; no tiene más que lo que se merece.

El cura no añadió una palabra más; me hizo una señal de amistad y me siguió observando de reojo. Pero yo no prestaba gran atención á lo que pasaba



Perrina escondida en un rinconcito se dejaba abrazar por un robusto aldeano que había estrechado su talle

pués de dos ó tres ensayos infructuosos encontré lo que deseaba.

Después de haber suprimido, como pude, las huellas de mi fractura, me instalé en una butaca, y mientras descansaba de mis fatigas, mi vista se fijó en las obras de Walter Scott, colocadas delante de mí. Agarré un tomo de la colección y me dirigí á mi cuarto, llevándome como un tesoro la *Bonita muchacha de Perth*.

En mi vida había leído una novela, y fué para mí un éxtasis, un encanto indecible de que nada puede dar una idea. Viviría novecientos sesenta y nueve años, como el buen Matusalén, y no podría olvidar jamás mi impresión al leer la *Bonita muchacha de Perth*.

Experimenté la alegría de un preso á quien trasladan desde su calabozo á un jardín rodeado de árboles, de flores y de sol; ó más bien la de un artista que oye representar por primera vez y de un modo ideal la obra de su corazón y de su inteligencia. El mundo que me era desconocido, y por el cual suspiraba inconscientemente, se reveló ante mí de repente. Un resplandor se presentó súbitamente en mi imaginación, que creí haber sido hasta entonces estúpida, idiota. Me entusiasmaba, me deleitaba con esa novela llena de colorido, de vida, de movimiento.

Cuando llegó la hora de comer, bajé al comedor con la cabeza llena de fantasía, y el cura, que comía con nosotros, me aguardaba con impaciencia.

Me miró con una profunda compasión, y me preguntó con el mayor interés cómo me había sucedido aquel accidente.

- ¿Un accidente?, dije con aire de extrañeza.

- Tiene usted toda la frente negra, hija mía.

- La muy estúpida, dijo mi tía, habrá trepado por algún árbol ó por la escalera de mano.

- Justo, dije yo, por la escalera; es verdad.

- ¡Pobrecita!, dijo el cura apesadumbrado; ¿y se ha dado usted en la cabeza?

- Hice un signo afirmativo.

- ¿Se ha puesto usted árnica, hija mía?

- ¡Bah! ¡Por tan poca cosa!, exclamó mi tía. Coma usted su sopa, señor cura, y no haga usted caso de

á mi alrededor. Pensaba en esa interesante Catalina Glover, en ese valiente Enrique Smith, por quien estaba entusiasmada, cuando de repente me puse á sollozar.

- ¡Ah, Dios mío!, exclamó el cura, levantándose en seguida. ¡Mi querida Reina, hija mía!

- ¡Déjela usted!, dijo mi tía; está disgustada porque no nos ha acompañado á C...

Pero el cura, que sabía que yo detestaba los lloriqueos y que además tenía demasiado orgullo para manifestar delante de mi tía cualquier pesar causado por ella, se acercó á mí, me preguntó por lo bajo por qué lloraba y se esforzaba por consolarme.

- No es nada, mi querido señor cura, dije enjugando mis lágrimas y echándome á reír. Ya lo sabe usted, los sufrimientos físicos me causan horror: me duele la cabeza, y además debo estar espantosa.

- Como siempre, dijo mi tía.

El cura me miró con inquietud. No le satisfacía la explicación y se figuraba que algo raro había pasado durante su ausencia. Me aconsejó que me fuese á acostar en seguida, lo que hice sin obligar á que lo repitiera.

Estaba humillada de haber sido causa de una escena de enternecimiento, tanto más humillada que no sabía por qué había llorado. ¿Era de alegría ó de contrariedad? No habría podido decirlo, y me dormí pensando que era inútil empeñarse en analizar mi impresión.

Durante el siguiente mes devoré la mayor parte de las obras de Walter Scott. Es indudable, desde aquella época he tenido profundas y serias alegrías; pero por grandes que hayan sido, no creo que hayan sido tan grandes como las que experimenté cuando mi imaginación salió de sus tinieblas, como una mariposa de su crisálida. Caminaba de delicia en delicia, de éxtasis en éxtasis. Olvidaba todo para no pensar más que en mis novelas y en los personajes que excitaban mi imaginación.

Cuando el cura me resolvía un problema, pensaba en Rebeca, que había dejado conversando á solas con el Templario; cuando me daba lección de historia, veía desfilar delante de mí esos arrogantes hé-

roes, entre los cuales mi corazón veleidoso había ya escogido una docena de maridos; cuando me hacía alguna observación, no oía ni la mitad, estando ocupada en confeccionarme un traje semejante al de Isabel de Inglaterra ó al de Amy Robsart.

—¿Qué ha hecho usted hoy?, me preguntaba al llegar.

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Todo esto me fastidia, dije con acento de cansancio.

El pobre cura estaba consternado. Preparaba largos discursos y me los encajaba, quieras que no quieras; pero habría obtenido el mismo efecto dirigiéndose á un muerto.

Por fin, se apoderó de mí la tristeza. Si mi tía no me pegaba ya, en cambio me decía siempre cosas desagradables. Había adivinado que me entristecía ser tan pequeña, y no perdía ocasión de insistir sobre este punto vulnerable, llamándome figurilla y repitiéndome que era fea.

Poco antes me encontraba muy bonita, y tenía mucha más confianza en mi opinión que en la de mi tía; pero al conocer á las heroínas de Walter Scott, la duda surgió en mi imaginación. Eran tan hermosas, que me entristecía pensando que era preciso parecerse á ellas para ser amada.

El cura, por simpatía, perdió sus sonrisas y sus colores. Me observaba con aire compungido, empleaba su tiempo en tomar rapé, olvidando todas las reglas del arte, tratando de adivinar mi secreto y empleando medios maquiavélicos para conseguir su objeto, pero yo me mostraba impenetrable.

Un día le vi dirigirse hacia la biblioteca, pero se conoce que olvidó llevar la llave; el caso es que se volvió atrás, haciendo un movimiento de cabeza y pasando la mano por sus cabellos, los cuales más en revolución que de costumbre, hacían el efecto de un penacho.

Yo me había escondido detrás de una puerta, y cuando pasó junto á mí le oí murmurar:

—¡Volveré con la llave!

Semejante decisión me contrarió vivamente, pues supuse que descubriría mi secreto y que no podría continuar mis queridas lecturas.

Fuí en seguida á buscar varias novelas que me llevé á mi cuarto, reemplazándolas en el estante en que estaban colocadas por otros libros que fuí tomando de aquí y de allí; pero á pesar de estas precauciones pensé que el pedazo de papel que coloqué para disimular el cristal roto, sería un indicio de acusación para mí.

Aquel día fué, al examinar un legajo de cartas que encontré en la mesa de despacho, cuando descubrí el origen de mi tía. Era un arma contra ella y resolví esgrimirla desde luego.

Al día siguiente, á la hora del almuerzo, estaba de muy mal humor. En aquella disposición moral, si no encontraba un pretexto para serme desagradable, lo dejaba para mejor ocasión.

Soñaba con aquel encantador Buckingham, que me parecía adorable de puro insolente, y me preguntaba por qué Alicia Bridgeworth estaba tan desesperada de hallarse en su casa, cuando mi tía me dijo sin preámbulos:

—¡Qué fea estás hoy, Reina!

Me puse de pie sobre la silla.

—¡Tome usted!, dije dándole el salero.

—¡Yo no te pido la sal, estúpida! ¡En verdad, que te vas volviendo tan negada como fea!

Hay que tener en cuenta que mi tía no me tuteaba jamás. Desde el día en que se encontró ser la mujer de mi tío, creyó colocarse á la altura de su situación suprimiendo el tuteo de su vocabulario. Hasta á sus conejos les decía *usted*.

—Pues no opino como usted, contesté secamente, yo me encuentro muy bonita.

—¡Eso tiene gracia!, exclamó mi tía. ¡Bonita usted! ¡Un aborto que no llega á la chimenea!

—Vale más asemejarse á una planta delicada que parecer un sargento, contesté yo.

Mi tía creía firmemente que había sido una beldad, y ni comprendía siquiera que nadie pudiese dudarle.

—He sido muy hermosa, señorita, tan hermosa que nos dieron á mi hermana y á mí el nombre de una diosa.

—¿Su hermana de usted se le parecía?

—Mucho, como que éramos gemelas.

—Su marido debió ser muy desgraciado, dije con acento lleno de convicción.

Mi tía lanzó una imprecación que no permitiré á mi pluma que la repita.

—Además, proseguí diciendo con calma, usted tiene naturalmente los gustos de una mujer del pueblo, mientras que yo...

Pero me quedé con la boca abierta sin terminar

la frase; mi tía acababa de romper un plato con el mango de su cuchillo. Lo que acababa de decir hacían inútiles los esfuerzos que había hecho hasta entonces para ocultarme su nacimiento y me vengaba por completo de sus ruindades para conmigo.

—¡Es usted una víbora!, exclamó encolerizada.

—No opino como usted, tía.

—¡Una víbora!

—Le repito á usted que no, dije tranquilamente mientras comía mi última fresa.

—Una víbora cobijada en mi seno, repitió mi tía, que estaba demasiado furiosa para encontrar frases más apropiadas.

Sacudí la cabeza, diciéndome que si fuese una víbora no me encontraría á gusto en semejante posición.

—Permítame usted, dije, he estudiado ese animalucho en mi historia natural, y no recuerdo que tuviese la costumbre de cobijarse en el seno de una mujer.

Mi tía, que se desconcertaba siempre que yo aludía á mis lecturas, no contestó nada; pero la expresión de su fisonomía me pareció tan sospechosa, que me esquivé cantando con malicia:

«¡Conocía yo un tío de Pavol, de Pavol!»

Nos hallábamos á mediados de junio. Las mariposas volaban por todas partes, las moscas zumbaban sin cesar, el aire estaba impregnado de mil perfumes; en una palabra, el tiempo me pareció tan seductor que me olvidé de mi prudencia habitual. Agarré mi libro y me fuí á instalar á la sombra de un hermoso prado.

Tenía el corazón un tanto apesadumbrado al pensar en las palabras de mi tía. Es indudable que era una contrariedad ser tan pequeñita, tan pequeñita. ¿Quién podría jamás amarme? Pero me consolaba leyendo *Peperil del Pico*. Entre las novelas de Walter Scott era una de las que yo prefería, precisamente á causa de Fanella, cuya estatura era ciertamente más exigua que la mía.

Amaba, adoraba á Buckingham. Me irritaba contra Fanella, que le decía cosas verdaderamente muy duras, y en el momento en que ella desaparecía por la ventana suspendía mi lectura para exclamar:

—¡La muy tonta!.. ¡Un hombre tan encantador!

Al decir estas palabras, alcé los ojos y lancé un grito al ver al cura, de pie, delante de mí. Con los brazos cruzados, me miraba estupefacto. Parecía tan consternado como ese personaje de los cuentos de hadas que encuentra sus diamantes convertidos en avellanas.

Me levanté algo avergonzada, pues la cosa no era para menos.

—¡Oh! Reina..., empezó diciendo.

—Mi querido señor cura, exclamé estrechando á *Peperil del Pico* contra mi corazón, ruego á usted, le suplico que me deje continuar.

—Reina, mi Reina querida, ¡nunca hubiera creído esto de usted!

Semejante dulzura me enterneció tanto más, cuanto que no tenía la conciencia muy tranquila; pero por una táctica eminentemente femenil me apresuré á cambiar de conversación.

—¡Era una distracción, señor cura, y me encuentro tan desgraciada!

—¿Desgraciada, Reina?

—¿Cree usted que es divertido tener una tía como la mía? Ya no me pega, es verdad; ¡pero me dice unas cosas que me causan tanta pena!

¡Qué bien conocía yo á mi profesor! Había olvidado ya sus agravios y sus sermones, tanto más, cuanto que había un gran fondo de verdad en mis palabras.

—¿Es por eso por lo que está usted tan triste, hija mía?

—Ciertamente, señor cura. ¡Hágase usted cargo que mi tía me repite sin cesar que soy un aborto, que soy fea, horrible!

Mis ojos se arrasaron de lágrimas, pues no podía tocar ese punto sin que me entristeciera.

El buen señor, muy emocionado, se rascaba la nariz con aire perplejo. Estaba lejos de compartir las ideas de mi tía sobre este punto, y se preguntaba qué medio podría emplear para disipar mi tristeza sin despertar en mi alma el orgullo, la vanidad y otros elementos de condenación.

—Vamos á ver, Reina, es preciso no dar demasiada importancia á cosas que no la merecen.

—Mientras tanto esas cosas existen, repliqué yo, encontrándome á dos siglos de intervalo, con el pensamiento de la más hermosa hija de Francia.

—Y además, ya verá usted tal vez gentes que no pensarán como la señora de Lavalle.

—¿Es usted una de ellas, señor cura? ¿Me encuentra usted bonita?

—Vamos..., sí, contestó el cura con acento de piedad.

—¿Muy bonita?

—Vamos..., sí, contestó el cura en el mismo tono.

—¡Ah! ¡Qué contenta estoy!, exclamé saltando como una loquilla. ¡Cómo le quiero á usted, señor cura!



De lo alto del árbol gritaba que las gotas de agua brillaban en mis cabellos

—Ya lo sé, Reina; pero esto no impide que haya cometido usted una falta muy grande. Se metió usted en la biblioteca, exponiéndose á romperse la cabeza, y se ha puesto usted á leer libros que probablemente no le habría permitido nunca leer.

—Walter Scott, señor cura, escritos por Walter Scott, de quien mi tratado de literatura dice maravillas.

Y le describí todas mis impresiones. Hablé largamente con desparpajo, encantada de ver que el cura

no tan sólo dejaba de regañarme, sino que oía con interés lo que le refería. Ante mi entusiasmo y mi alegría, que reaparecieron como por encanto, recobró súbitamente sus colores y su dulce fisonomía.

— Vamos, me dijo, le permito á usted que siga leyendo á Walter Scott; yo mismo volveré á leerle para hablar de él con usted, pero prométame usted no volver á hacer lo que ha hecho.

Se lo prometí de todo corazón, y desde entonces tuvimos un nuevo motivo de disensiones y de disputas, pues como es consiguiente, no éramos jamás del mismo parecer.

Pero muy pronto el interés que me inspiraban mis novelas vino á borrarse por un acontecimiento extraordinario, inaudito, que sobrevino algunas semanas después en el Buisson, uno de esos acontecimientos que no desmoronan los imperios por sus comienzos, pero que producen la consternación en el corazón ó la imaginación de las muchachas.

VI

Era un domingo.

Los domingos asistíamos siempre á la misa mayor, que era la única ceremonia de la mañana, porque el cura no tenía vicario. Mi tía entraba la primera, tomando asiento en el banco que teníamos reservado, y yo iba detrás, después Suzón y luego Perrina, que cerraba el cortejo.

Nuestra pequeña iglesia era vieja y miserable. El color primitivo de las paredes desaparecía bajo una especie de limón verdoso, causado por la humedad; el piso, en lugar de estar unido, se hallaba formado por una cantidad de grietas y de hoyos que invitaban á los fieles á romperse la cabeza y á aprovecharse de su presencia en un lugar santificado para subir más pronto al cielo; el altar estaba adornado con figuras de ángeles, pintadas por el carretero del pueblo, que se las echaba de artista; dos ó tres santos se contemplaban con extrañeza, sorprendidos de encontrarse tan feos. Varias veces, al mirarlos, me dije á mí misma que si fuese una santa y si los mortales me representasen de un modo tan disforme, me encontraría completamente sorda á sus ruegos; pero tal vez los santos no tienen mi temperamento. Por una ventana exenta de vidrios, una rosa blanca mostraba su cabeza perfumada, y por su belleza y su frescura parecía protestar contra el mal gusto del hombre.

Poseíamos un armónium que tenía tan sólo tres notas que vibrasen; algunas veces llegaban á cinco, por estar aquel instrumento, gracias á la temperatura, sujeto á caprichos, como los reumatismos de nuestro sochantre, el cual rugía durante dos horas con la convicción más inocente y más profunda de que poseía una voz hermosísima.

El taburete del señor cura estaba colocado en el fondo de un precipicio, de suerte que, desde mi asiento, no veía sino su cabeza y su busto, y parecía que estaba en penitencia. Los monaguillos gesticulaban y hablaban por lo bajo, sin que él, vuelto de espaldas, advirtiese nada de esto.

Después del Evangelio se quitaba su casulla y su estola delante de nosotras, pues todo se pasaba en familia, y dando algunos tropezones á causa de los hoyos del piso, llegaba hasta el púlpito.

Entre los seres humanos que se agitan en la superficie del globo, no hay ninguno, supongo, que en el curso de su existencia haya dejado de tener un sueño. El hombre, cualquiera que sea su posición, ínfima ó elevada, no puede vivir sin deseos, y el cura, víctima de la ley común, había, durante treinta años de su vida, soñado con la posesión de un púlpito.

Desgraciadamente era muy pobre, sus fieles lo eran también, y mi tía, que era la única que podía ayudarle, no contestaba nada á sus tímidas insinuaciones; sin contar con que era de un interés sórdido cuando se trataba de dar, no tenía además ni pizca de consideración con el sueño dorado de su prójimo.

Por fin, á fuerza de economizar, el cura se encontró un día con la suma de doscientos francos. Resolvió entonces realizar su sueño bien ó mal, como pudiese.

Una mañana le vi llegar faltándole la respiración.

— Hija mía, venga usted conmigo, exclamó.

— ¿Adónde, señor cura?

— ¡A la iglesia; venga usted pronto!

— ¡Pero si ya se ha dicho la misa!

— Sí, pero tengo algo muy bonito que enseñar á usted.

Tenía un aspecto tan jovial, su dulce fisonomía respiraba tanta satisfacción, que me río aún pensando en ello, y conservo de aquella escena uno de los recuerdos mejores de aquel tiempo.

No andaba el buen señor, sino que volaba, y llegamos corriendo á la iglesia. Acababan de colocar el púlpito, y el cura, en éxtasis delante de la realización de su deseo, me dijo en voz baja:

— ¡Mire usted, mi querida Reina, mire usted! ¿No ha sido una idea feliz? ¡Por fin poseemos un púlpito! No tiene un aspecto muy sólido, pero puede servir. ¡Y he aquí el sueño de mi vida realizado! ¡No hay nunca que desconfiar de nada, hija mía, nunca!

Miré un tanto desconcertada, pues no podía disimularme que mi imaginación se había representado un púlpito como algo grande, monumental. Lo que se presentaba á mi vista era una especie de cajón de madera blanca colocado sobre unos pies de hierro tan poco elevados, que en rigor, se hubieran podido suprimir los escalones para penetrar allí. Pero un púlpito sin escalones es cosa que no se habría visto jamás; así es que para salvar el honor habían imaginado colocar dos, de quince centímetros de alto cada uno.

— ¡Vea, usted, Reina, me decía el cura, qué buen efecto produce! Cuando tenga algún dinero lo haré pintar, ó más bien yo mismo le daré un poco de pintura; eso me distraerá y será además más económico. Ciertamente que podría estar más alto, pero es preciso no tener demasiada ambición.

Y el excelente cura daba vueltas alrededor del púlpito con aire de admiración. Si los tableros los hubiese pintado Rafael y las esculturas fuesen de Miguel Angel no hubiera sido más feliz.

No pensaba en que la realidad, ¡como siempre desgraciadamente!, no se asemejaba al sueño; no se le ocurría hacer comparaciones, y disfrutaba de su felicidad como si no la pudiera haber mayor.

— Soy yo quien ha dado el diseño, hija mía, ¡y realmente ha sido una idea feliz! Sin embargo, la medalla tiene su reverso, y he de manifestar que tengo una pequeña deuda; el precio que me han pedido es más elevado que el que yo imaginaba, pero parece ser que sucede siempre lo propio cuando se manda construir. Contaba comprarme una dulleta para este invierno; pues bien, Dios mío, me pasaré sin ella, ni más ni menos.

¡Oh! Ciertamente, su alegría es para mí uno de los mejores recuerdos de aquellos tiempos. Jamás he visto un hombre tan feliz, demostrando una alegría tan sincera, hija de su naturaleza privilegiada y de su inteligencia un tanto infantil.

— Es que parece enteramente un púlpito, decía riéndose y frotándose las manos.

Yo abrigaba algunas dudas sobre el particular, pero ocultaba mi decepción y me extasiaba cuanto me era posible ante ese objeto extraordinario que, á causa de la forma irregular de la iglesia, estaba colocado en un rincón del fondo, de suerte que, cuando el cura predicaba, las tres cuartas partes del auditorio no veían más que un brazo y un mechón de cabellos blancos que se agitaban con elocuencia, según las diversas fases del discurso.

El cura estaba tan contento al decir «Voy á subir al púlpito,» que debimos resignarnos á oír un sermón todos los domingos.

En cuanto había abierto la boca, las mujeres tomaban una postura cómoda para entregarse mejor al sueño; Perrina aprovechaba aquel sopor general para lanzar alguna que otra mirada al banco inmediato al nuestro, y Reina de Lavalle se preparaba á meditar acerca de las vicisitudes de la vida representadas por una tía y el fastidio de los sermones.

Yo no sé por qué al cura le gustaba insistir acerca de las pasiones humanas; pero un día en que se dejó arrastrar en el calor de la improvisación, le hice, á la hora de comer, preguntas tan indiscretas y tan perplejas que me prometió no volver á abordar delante de mí ciertos asuntos. Se contentó en lo sucesivo con hablar de la pereza, de la embriaguez, de la cólera y de otros vicios que no excitaban ni mi curiosidad ni mi locuacidad.

Durante una hora nos ponía delante de los ojos la gran iniquidad en la cual nos hallábamos sumidos; luego, cuando nuestro estado moral se encontraba en situación verdaderamente lamentable, descendía con aire radioso con nosotros en los infiernos y nos hacía tocar con el dedo los suplicios que merecían nuestras almas devastadas por el pecado; después de lo cual, dando un giro atrevido á su frase y pasando á ideas menos horribles, se despedía poco á poco de las regiones infernales, permanecía algunos instantes sobre la tierra, nos depositaba tranquilamente en el cielo y descendía del púlpito con paso triunfante como un conquistador que viene de romper algún nudo gordiano.

El auditorio se despertaba entonces sobresaltado, salvo Suzón, demasiado feliz con oír hablar mal de la humanidad para dormirse, y que bebía una taza de leche mientras que el cura fustigaba á sus ovejas con sus flores retóricas.

Érase, pues, un domingo. Hacía un calor sofocante, y al regresar á casa, Suzón nos dijo:

— Tendremos tormenta antes de que anochezca.

Esta profecía me causó placer; una tormenta era un incidente feliz en mi vida monótona, y á pesar de mi miedo, me gustaban los truenos y los relámpagos, á trueque de temblar como una desgraciada cuando aquéllos eran demasiado frecuentes.

Durante las primeras horas de la tarde erraba como un alma en pena en el jardín y en la pradera. Me aburría extraordinariamente, diciéndome con melancolía que jamás me sucedería ninguna aventura, y que estaba condenada á vivir perpetuamente al lado de mi tía.

Serían como las cuatro cuando entré en casa; subí al corredor del primer piso, y con la cara pegada al cristal de una gran ventana, me divertía en seguir con la vista el movimiento de las nubes que se amontonaban hacia el Buisson y nos traían la tormenta anunciada por Suzón.

Me preguntaba de dónde venían, lo que habían visto en su tránsito, lo que podrían referirme, á mí que no sabía nada de la vida, del mundo y que aspiraba á ver y á conocer. Se habían formado detrás de aquel horizonte que yo no había traspasado jamás y que me ocultaba misterios, esplendores (al menos lo creía así), alegrías, placeres acerca de los cuales meditaba por lo bajo.

Me distraje en mis reflexiones observando que Perrina, escondida en un rincón, se dejaba abrazar por un robusto aldeano que había estrechado su talle.

Abrió precipitadamente la ventana, y grité dando una palmada:

— ¡Muy bien, Perrina; ya la veo á usted, señorita!

Perrina, espantada, agarró sus zuecos y fué á refugiarse corriendo al establo. El campesino tiró el sombrero y me examinó con una sonrisa estúpida que le hacía abrir la boca hasta las orejas.

Me reía de todo corazón, mientras que un ligero vehículo, que no había oído que se acercaba, penetró en el patio. Un hombre saltó del coche, dijo algunas palabras al criado que le acompañaba y miró en torno suyo para saber á quién dirigirse.

Pero Perrina, cuyo gorro blanco veía yo perfectamente al través del enrejado del establo, no se meneaba, y su enamorado se había precipitado boca abajo detrás de un montón de paja. En cuanto á mí, estupefacta por aquella aparición, había empujado una de las maderas de la ventana y observaba los sucesos sin hacer un movimiento.

El desconocido subió de dos en dos los escalones deteriorados de la escalinata y buscó la campanilla que no había existido jamás, y como se advirtió de ello, y no siendo por otra parte la paciencia su cualidad dominante, dió fuertes puñetazos en la puerta.

Mi tía y Suzón aparecieron al mismo tiempo, y certifico que desde aquel instante tuve la mejor opinión de su valor, pues no manifestó temor alguno. Saludó ligeramente, y comprendí por su gesticulación que, temeroso del mal tiempo que hacía, pedía refugiarse en el Buisson.

En el instante mismo, en efecto, la tormenta se desencadenó con gran violencia; no hubo sino el tiempo necesario de poner al abrigo el coche y el caballo.

Se dice que la soledad le vuelve á uno tímido; pero, en ciertos casos, produce el efecto contrario. No habiendo tenido ningún roce con nadie, no habiendo podido jamás hacer comparación alguna, tenía gran confianza en mí misma, é ignoraba completamente lo que era ese extraño sentimiento que aniquila las facultades más brillantes y convierte en estúpido al hombre más superior.

No obstante, ante esta aventura que parecía evocada por mi imaginación, mi corazón latía con vehemencia, y estaba tan perpleja de si debía entrar ó no en el salón, que me hallaba aún á la puerta cuando el cura llegó hecho una sopa, pero siempre contento.

— ¡Señor cura, exclamé lanzándome á su encuentro, hay un hombre en el salón!

— ¿Algún colono sin duda?

— Pero no, señor cura, es un hombre de verdad.

— ¿Qué quiere decir un hombre de verdad?

— ¡Quiero decir que no es ni un cura ni un aldeano; es joven y está muy bien vestido. ¡Vamos á verle!

Entramos, y me faltó poco para lanzar un grito de sorpresa al ver que mi tía tenía una expresión realmente graciosa y que sonreía afectuosamente al desconocido, el cual, sentado enfrente de ella, parecía estar tan á gusto como si estuviera en su casa.

Por lo demás, su solo aspecto hubiera bastado para cambiar de triste en alegre á cualquier mortal. Era alto, bastante grueso, con una fisonomía alegre, franca y abierta. Sus cabellos rubios estaban cortados al rape, llevaba los bigotes con las puntas rizadas, tenía la boca bien dibujada y unos dientes blancos que mostraba á menudo, gracias á su manera de reír franca y natural. Toda su persona respiraba la alegría y el amor á la vida.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL BUQUE ROTATORIO DE M. BAZIN

Quince años hace que el ingeniero francés M. Bazin está estudiando la manera de dar á los vapores

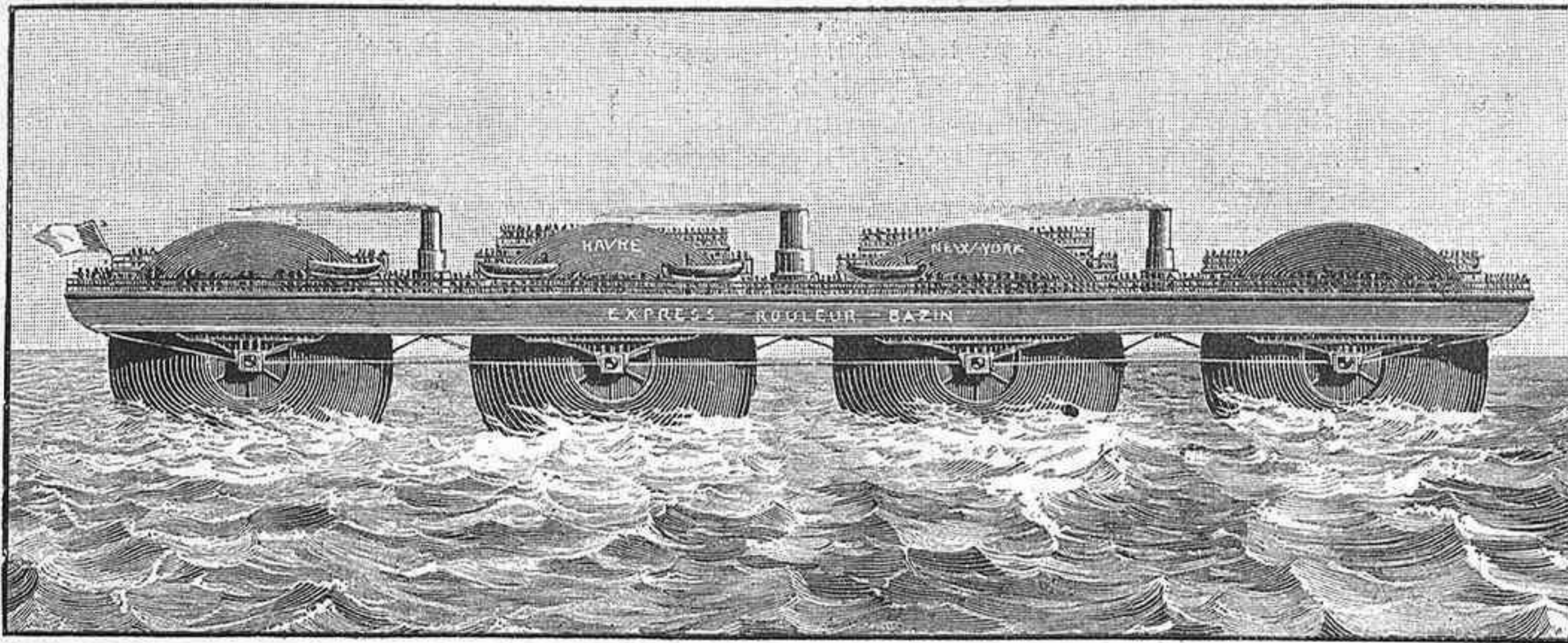


Fig. 1. - El buque rotatorio de M. Bazin, visto de costado

un movimiento rotatorio para lograr de esta suerte una mayor velocidad; es decir, pretende sustituir los dos roces, el del oleaje y el de la marcha del barco, por uno solo, el rotatorio. Las tentativas hechas hasta ahora parece que han sido coronadas por el éxito.

He aquí cómo está construido ese buque, que bien puede llamarse el buque del porvenir. Imagínese una gran plataforma sostenida por grandes ruedas huecas (tambores) y mantenida por éstas á una altura de seis ó siete metros sobre la superficie del agua. Debajo de esa plataforma hay en el sentido de la longitud y de la anchura veinte cilindros de acero de 80 centímetros de diámetro que, descansando sobre fuertes soportes, transmiten el movimiento de la máquina á las ruedas. En la plataforma están situados los cama-

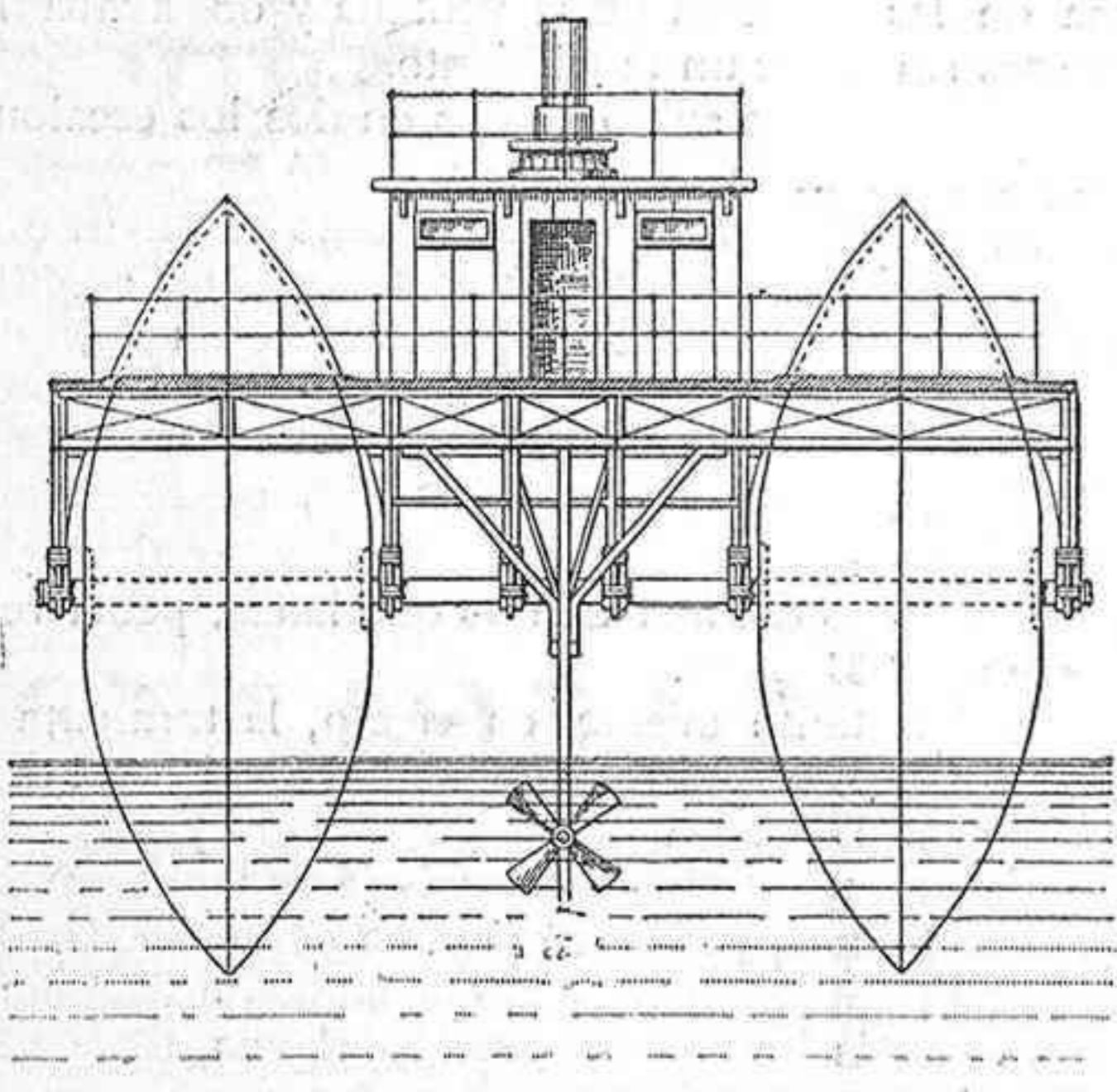


Fig. 2. - Sección del buque rotatorio de M. Bazin

rotes, el comedor, los salones y las máquinas, de modo que este barco mirado por arriba parece un coche monstruo.

Como las ruedas giran alrededor de su eje sin moverse del sitio, es decir, sin andar, M. Bazin, á fin de imprimir al buque un movimiento de avance, le ha puesto una hélice de pequeñas dimensiones (véase figura 2) que comunica á aquél un movimiento impulsivo.

El problema más difícil de resolver era el de la dirección: fácilmente se comprenderá que el sistema de timón usado en todas las embarcaciones era de imposible aplicación en un barco como el rotatorio, cuya cubierta está á seis ó siete metros sobre la superficie del agua, sumergiéndose en ésta únicamente una parte de las ruedas. En su consecuencia M. Bazin ha inventado un sistema de timón hidráulico sumamente original, que desarrolla una fuerza extraordinaria: consiste en una columna vertical movable puesta en la popa del barco y sumergida en el agua, que maneja el timonel; de esta columna sale un poderoso chorro de agua que consume 300 caballos de fuerza que con energía de reacción puede ser dirigido á todos lados, de manera que no se pierde ninguna fuerza, como sucede con los timones actuales, que producen un roce considerable. Con este timón puede hacerse virar en redondo el barco sin moverse de su

sitio, hasta en su mismo anclaje, y la embarcación á una velocidad de 31 nudos puede pararse de repente y luego tomar una marcha de $\frac{1}{2}$ ó $\frac{1}{4}$ de nudo para echar el ancla.

La velocidad del buque rotatorio de M. Bazin depende del tamaño de sus ruedas, habiendo resultado de las pruebas hasta ahora verificadas que esa velo-

cidad equivale al 60 por 100 de la circunferencia de las ruedas: M. Bazin espera hacerla llegar al 70.

Hace poco navegó por el lago del bosque de Vincennes en París un buque modelo de esta clase, de 5'25 metros de longitud, construido en la proporción de $\frac{1}{20}$ de un gran vapor de 5.000 toneladas: las pruebas dieron una velocidad de 42 nudos por hora.

Las personas peritas, ingenieros, oficiales de marina, etc., que asistieron á esas pruebas quedaron tan satisfechos del resultado que en seguida se constituyó una sociedad para facilitar á M. Bazin 300.000 francos, con cual cantidad se construirá un vapor de 25 metros de eslora por 11'80 de manga, con cuatro ruedas, que dentro de algunas semanas hará la travesía de prueba entre Dieppe y Newhaven. Si esta prueba da buen resultado, se procederá desde luego á la construcción de un vapor de pasaje para hacer los viajes entre el Havre y Nueva York. Las ruedas de este buque tendrán 22 metros de diámetro, de los cuales siete y medio se introducirán en el agua: la circunferencia máxima es de 69'08 metros. Y como, según hemos dicho, la velocidad equivale al 60 por 100 de la circunferencia, las ruedas recorrerán en cada vuelta completa un espacio de 41'44 metros, y dando cada rueda 24 vueltas por minuto la extensión recorrida en este tiempo será de 994'56 metros, ó sean 59'674 kilómetros, equivalentes á 32'22 nudos por hora. La distancia del Havre á Nueva York, que es de 5.900 kilómetros, será pues recorrida por el buque rotatorio en 96 horas. - X.

**

LA NAVEGACIÓN AÉREA EN PARÍS EN 1900

Con ocasión de la Exposición Universal de París de 1900 se verificarán en el bosque de Vincennes ascensiones aerostáticas: para entender de todo lo que á éstas se refiere se nombró una comisión que comenzó por pedir un crédito de 476.000 francos, cifra que luego ha quedado reducida á 300.000, y con la cual se ha de atender á las necesidades siguientes:

1.º Los gastos necesarios para establecer en una situación cómoda una toma de gas suficiente para henchir rápidamente los globos por medio de un tubo de 400 milímetros de diámetro, que llevará el gas hasta el pie de las tribunas, merced á lo cual las ascensiones se verificarán en condiciones no realizadas hasta ahora, pudiendo henchirse seis globos á la vez.

2.º La construcción de un almacén que sirva para guardar el material de aerostación y que permita la exhibición, no sólo de las telas, redes, válvulas, sino que también de las jarcias y de los instrumentos científicos que habrán de llevar consigo los aeronautas.

La comisión desearía que la navegación aérea se desarrollase en un sentido eminentemente científico, para lo cual sería preciso que sólo se admitiesen en los concursos de 1900 los globos que ofreciesen condiciones de seguridad suficientes y aeronautas que hubiesen verificado anteriormente ascensiones.

La comisión ha acordado que los concursos sean graduados y eliminatorios; es decir, que en los últimos, en los cuales se concederán los premios más importantes, sólo tomen parte los vencedores de los anteriores concursos.

La partida de los globos irá acompañada de sueltas de palomas mensajeras, que se verificarán en palomares reunidos telefónicamente al recinto de las ascensiones.

También se propuso organizar ascensiones retrospectivas, en las que figurarían globos de formas iguales á las de los que han desempeñado un papel en la historia de la navegación aérea; pero como la administración no puede atender á los considerables gastos que exigirían las construcciones de esta clase, se limita á estimular con algunas primas ó recompensas honoríficas á los particulares que se distinguen en esa reconstitución del pasado. Lo mismo se hará con los que presenten formas nuevas y ventajosas.

Las ascensiones de globos cautivos han sido desechadas á fin de que la administración no haga la competencia á las instalaciones particulares autorizadas en la exposición del Campo de Marte y de los Campos Elíseos; pero no sucede lo mismo con las ascensiones de globos cautivos locomóviles. Desgraciadamente estas ascensiones sólo las verifican los gobiernos, de modo que el concurso quedaría limitado á los diferentes servicios aeronáuticos militares. Ciertamente esta exhibición ofrecería grandes ventajas y pocos inconvenientes desde el punto de vista profesional, puesto que todos los parques aeronáuticos sirven en las grandes maniobras de los distintos ejércitos europeos; pero la comisión no ha podido hacer otra cosa que llamar la atención del gobierno acerca de este particular, no habiéndose creído autorizada para formular ningún acuerdo sobre el mismo.

Lo propio sucede con los peligros que la fotografía en globo puede tener para la defensa nacional: la comisión no ha hecho más que llamar la atención de la administración, aconsejándola que se atenga á las resoluciones de la autoridad militar; sin embargo, ha creído justo proponer que las medidas que se adopten sean obligatorias para todos, sea cual fuere su nacionalidad, á fin de no crear privilegios contrarios al principio de una exposición internacional. - X.

**

EL MICROFOTOSCOPIO

Las vistas fotomicrográficas ofrecen actualmente grandísimo interés, así para los estudios científicos como para la simple curiosidad de los espectadores.

Hasta ahora dolíanse los que á esos estudios especiales se dedican de no tener un aparato único que les permitiera, después de haber hecho un estudio microscópico, conservar el resultado del mismo por medio de una fotografía que pudiera luego pasarse á un aparato de proyección; en una palabra, deseaban evitar las complicaciones que en los estudios microscópicos ó fotomicrográficos se ofrecen.

Hoy este deseo se ha realizado, pues el aparato que reproducimos llena cumplidamente el objeto con la sola condición de que se disponga de una cámara oscura de suficiente tirada.

La figura 1 reproduce, para dar idea del montaje, un buen microscopio ordinario, que comprende: un pie G que permite la inclinación del cuerpo hasta 90 grados, una cremallera rápida de doble piñón A, una platina móvil en todos sentidos B, un tornillo micrométrico de vaina prismática C, un portadifragmas de excéntrico D, un espejo plano por una

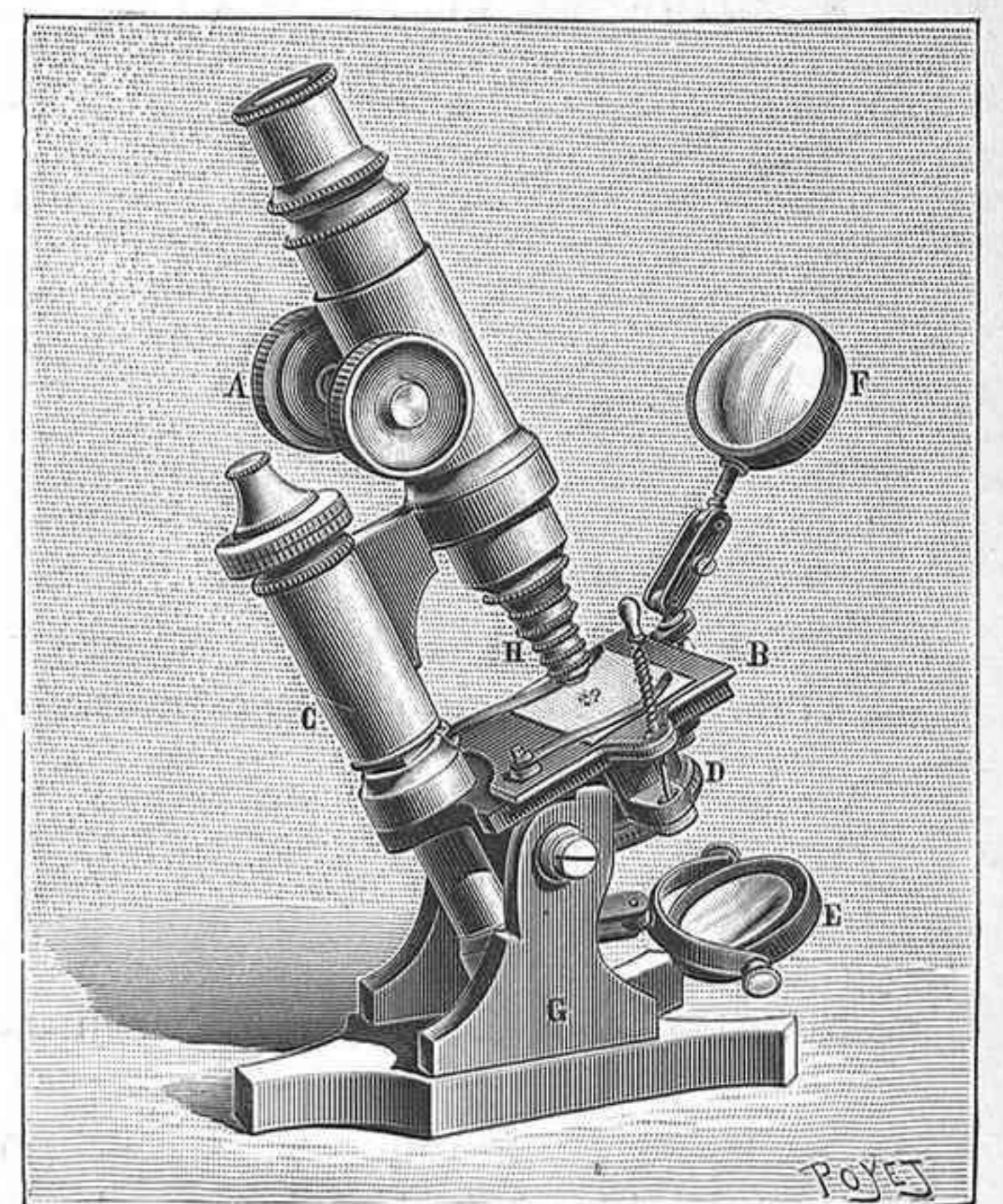


Fig. 1. - Microscopio ordinario montado sobre un pie

cara y cóncavo por la otra E y un condensador de luz F: estos dos últimos accesorios montados cada uno en articulación.

No hablaremos del sistema óptico, porque la vuelta de tornillo H es universal y en ella puede colocarse cualquier objetivo.

Tal es el aparato que sirve como microscopio. Cuando se quiere emplear este aparato para la microfotografía, se inclina el microscopio en una línea horizontal (fig. 2), se quita el espejo, y luego se atornilla una pieza de prolongación I en el sitio en donde estaba antes este espejo. Hecho esto, se vuelve a colocar por medio de un vástago preparado *ad hoc* el espejo cóncavo E, que entonces sirve para dirigir el rayo luminoso, al través de la lente condensadora, hacia la preparación. Este rayo luminoso puede provenir de la luz difusa ó de un foco de luz artificial.

En esta situación la preparación microscópica no estaría iluminada regularmente, pues los condensadores de microscopio son generalmente lentes planoconvexas y por consiguiente concéntricas: este defecto se corrige por medio de una combinación óptica que se

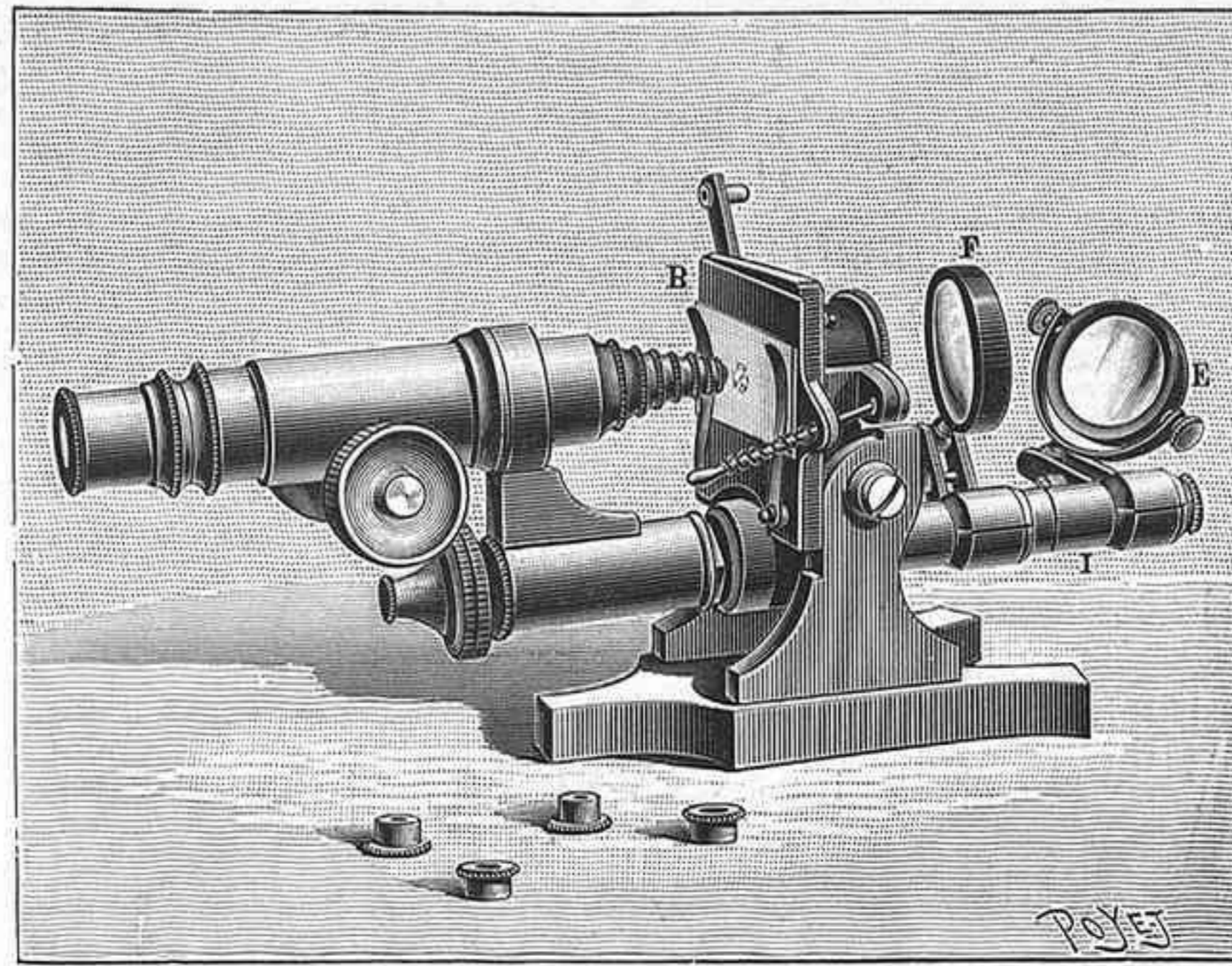


Fig. 2. - El mismo microscopio montado en su posición de aparato fotográfico

pone en lugar del mismo diafragma y que, según las curvas, recoge los rayos en su punto central de convergencia para distribuirlos sobre la preparación con una igualdad tan perfecta como es posible.

El aparato en estas condiciones dispuesto puede emplearse para la microfotografía: basta disponer en el ocular una cámara obscura de tirada suficiente; poner en placa, operación facilitada por la platina móvil B; poner a foco por medio del tornillo micrométrico C, y reemplazar el cristal opaco por una placa fotográfica.

El sistema de ajuste en la cámara obscura es muy sencillo y por la misma razón muy práctico: consiste simplemente en una hoja de caucho fijada en la planchita de la cámara por medio de un disco de cuero y cortada de modo que presente un agujero algo más pequeño que el portaocular.

De este modo el aparato se cierra perfectamente con sólo apretar el portaocular por la abertura del disco.

ALBER

(De La Nature)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

FRANCO: 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 LAFAYE et Cie

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y Cia, Pcos, 102, R. Richelieu, París.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la
 entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite
 dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 FA-BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadéz gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rotulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escurbuticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloración** y la **Energía vital**.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
 Con loduro de Hierro inalterable.
ANEMIA COLORES PALIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
 Exijase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

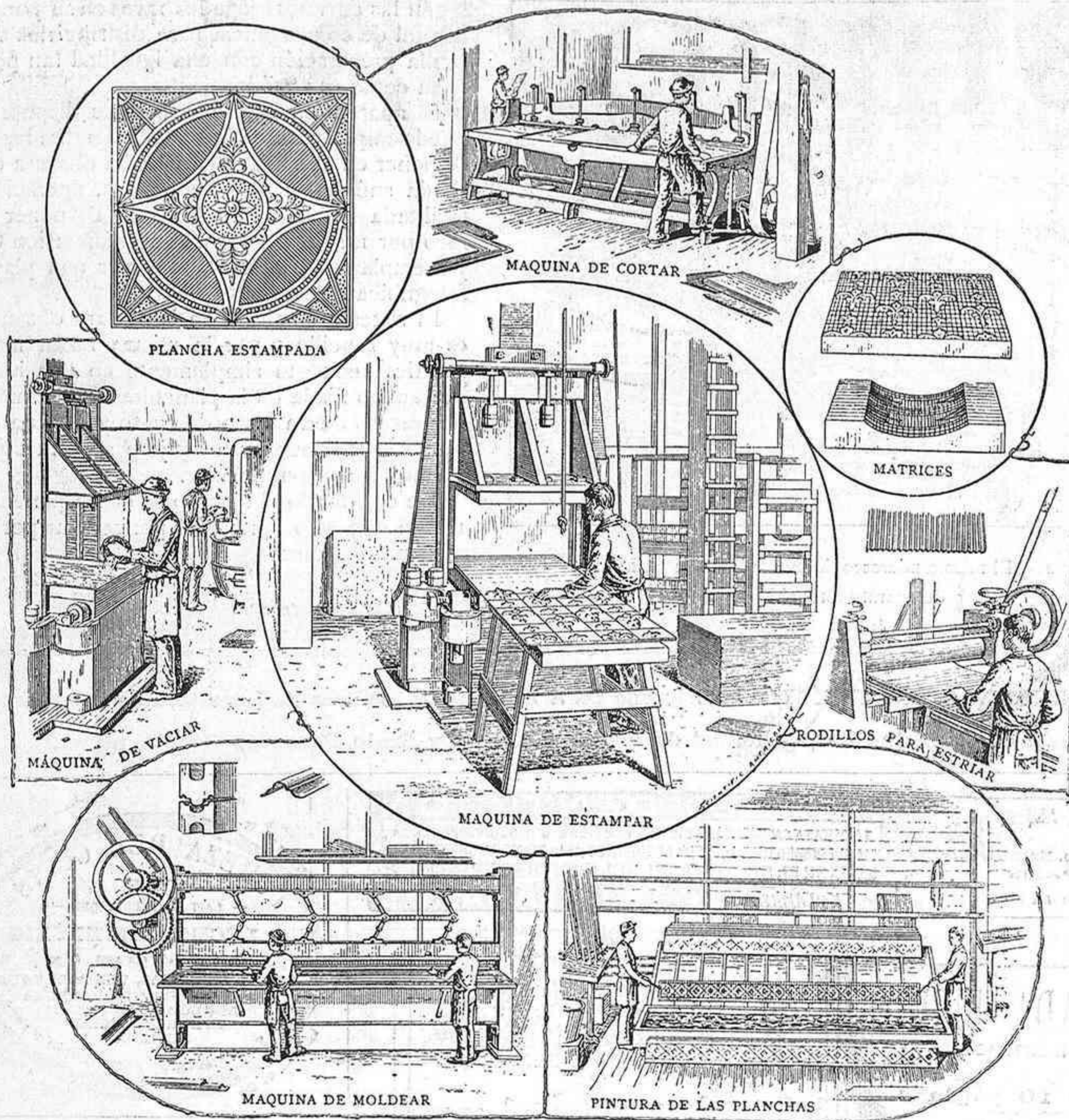
JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

MAREO PELAGINA
 RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.
 IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En Francia, frascos 5,3 y 1 fr. 50
 E. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas.
 MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

CYCLES IMPERATOR DUGOUR Y C.ª, Constr.
 81, Faubourg, Saint-Denis, en París
 Velocipedos de precisión
 Excelentes neumáticos. Fr. 225
 Catálogo gratis. - Exportación

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

FABRICACION DE CIELOS RASOS DE METAL



FABRICACIÓN DE CIELOS RASOS METÁLICOS ESTAMPADOS

En los Estados Unidos ha adquirido gran importancia la industria de la preparación de planchas estampadas de metales para los techos y tabiques de las casas particulares y edificios públicos, acerca de la cual vamos a dar algunos detalles.

Estas piezas de adorno se hacen de metal laminado. Una vez obtenidas se cortan en distintos tamaños y formas, pues las láminas tienen generalmente unas 24 ó 30 pulgadas de ancho por 120 de largo. Las de acero suelen tener de 20 á 32½ pulgadas de ancho por 120 de extensión.

El grueso de las de hierro es el conocido con el número 27 y el de las de acero con el 28.

En la adjunta ilustración, el grabado superior de la derecha representa la máquina de cortar. Apenas necesita descripción, pues el grabado bien la da á conocer. Tiene un cortador cuya hoja es de unos 10 pies de largo, compuesta de dos piezas, cada cual de unas 4 pulgadas de ancho y un grueso de ⅝ de pulgada. Son de acero. Unida á la máquina y enfrente de la hoja del cortador hay un agarrador, que por medio de un resorte sujeta bien la lámina hacia abajo y en el banco del aparato hasta que éste ha dado el golpe que ha de dividirla.

Las láminas pesan unas 9 libras cada una, y un buen operario puede cortar unas 30 láminas por hora. Una vez cortados los trozos de láminas, pasan á la prensa de estampar, para la cual se preparan de antemano las matrices, compuestas de dos piezas distintas superpuestas.

La inferior es de acero, y su tamaño varía desde 14 hasta 32 pulgadas cuadradas, con un grueso de unas 3 pulgadas. Este molde ó matriz se asegura fuertemente en el lecho de la prensa de vaciar ó moldear por medio de 4 tornillos de los extremos con sus correspondientes tuercas.

La superior se hace de peltre ó de cinc del comercio. Para formar esta matriz se le pone á la inferior un marco de madera, y se le vacia encima el metal fundido hasta obtener una capa de unas 3 pulgadas de espesor que sobresale el marco de madera mencionada.

El martillo de la prensa de vaciar tiene un número de tornillos que sobresalen hacia abajo unas dos pulgadas.

Vaciado el metal se baja el martillo de la prensa hasta tocarlo, y se le deja enfriar lo que toma unos 20 minutos. Después se levanta el martillo con la matriz asegurada por medio de los tornillos mencionados y las tuercas que se les ponen. La prensa queda, pues, lista para estampar, como se ve por el grabado central.

Obtenida la matriz superior, se pone sobre la inferior, que es de bajo relieve, el pedazo de lámina que se quiere estampar, y se deja caer el martillo con la matriz superior por medio de un pedal que al efecto tiene la prensa.

Si se quieren varias impresiones en una misma lámina más larga que la matriz se le llama hacia afuera, como lo indica el grabado, y se vuelve á bajar el martillo.

Este con su matriz pesan unas 2.800 libras, y la caída es de unos 2 pies. El martillo se levanta á mano por medio del mecanismo adecuado de fricción. De ese modo se pueden estampar de unos 500 á 1.000 adornos como el representado en el primer grabado de la izquierda. Cuando no se quieren ya las matrices pueden volverse á fundir.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las PILDORAS DE PARIS del Dr. DEHAUT

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convulsiones, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD